

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 7

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



venta en

Librería Universitaria
Edificio 9 de C.U.
Librería Museo Nacional de la Muerte
Edificio Gómez Portugal
Zona Centro



CENTRO DE LAS
ARTES Y LA CULTURA

DIRECTORIO

Mario Andrade Cervantes
Rector

Jorge H. García Navarro
Decano del Centro de las Artes y la Cultura

Ana Luisa Topete Ceballos
Jefa del Departamento de Letras

María de Lourdes Chiquito Díaz de León
Directora General de Difusión y Vinculación

Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

PIROCROMO

Brenda Muñoz Martínez
Editora

Sandra Montserrat Fernández Romo
Asistente editorial

Consejo editorial

Alexia Berenice Cajero Salazar
Aram Alfredo Hernández Martín
Carlos de Jesús Aguilar Esparza
Cristina Alejandra Gómez Rangel
Diana Patricia Lara Lara
Erwin Alonso Ramírez
Estefanía Martínez Medina
Fausto Enrique Méndez Batres
Luis Leonardo Durán Siqueiros
Mario Antonio Frausto Grande

Consejo consultivo

Ana Luisa Topete Ceballos
Joel Grijalva
Jorge Ávila Storer
M^a Guadalupe Montoya Soto

Consejo honorario

Karen Alejandra Ramos Sosa
Luis Roberto Bolaños Godoy
María Azucena García Ovalle
Nayuvi Leticia Vázquez Zúñiga
Vanessa del Rocío Alonso Caldera

Diseño gráfico

Genaro Ruiz Flores González

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

Sitios web

pirocromo.wordpress.com
revistapirocromo.blogspot.com
<http://www.facebook.com/revistapirocromo>
<https://twitter.com/PIROCROMO>

**Pirocromo* es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

imagen de portada: *EL VESTIR*, ALEJANDRO AMSEL



ÍNDICE

(2) Editorial

DOSSIER: Erotismo

- (4) Bésame sin labios
Ana Clavel
- (5) Yo no soy aquél
Omar Tiscareño
- (7) Débil luz
Guadalupe González Hernández
- (10) *Cantica canticorum* (recomendaciones)
Desde el consejo editorial de Pirocromo
- (12) Naturaleza al tacto
Andrea Trueba Ruiz
- (13) Eros y Erato en concubinato
Marco Tulio Aguilera Garramuño
- (18) El vello púbico y las arañas
Licaón
- (20) Top 5 de filias literarias
Desde el consejo editorial de Pirocromo
- (23) Nivis
Cynthia Anaí Armas Hernández
- (27) XIII- Planetaria (Fragmento)
Sergio Martínez Medina
- (30) El rapto de la bella durmiente
(recomendaciones)
Desde el consejo editorial de Pirocromo
- (31) Un lazo más allá
Srta. De Sade
- (33) Sentémonos
Erwin Alonso Ramírez
- (36) Encuesta "Erotismo"
Desde el consejo editorial de Pirocromo

OTRAS CREACIONES

- (42) El señor Mostaza
Esther M. García
- (46) Dos poemas
Juan Carlos Cabrera Pons
- (48) De paso por el aire
Magnolia Itzel Ortiz Limón
- (49) Tres estampas
Guadalupe Montoya
- (50) Poema no enviado
Arely Jiménez
- (51) Y si sólo eres
Francisco Martínez Pérez

EDITORIAL:

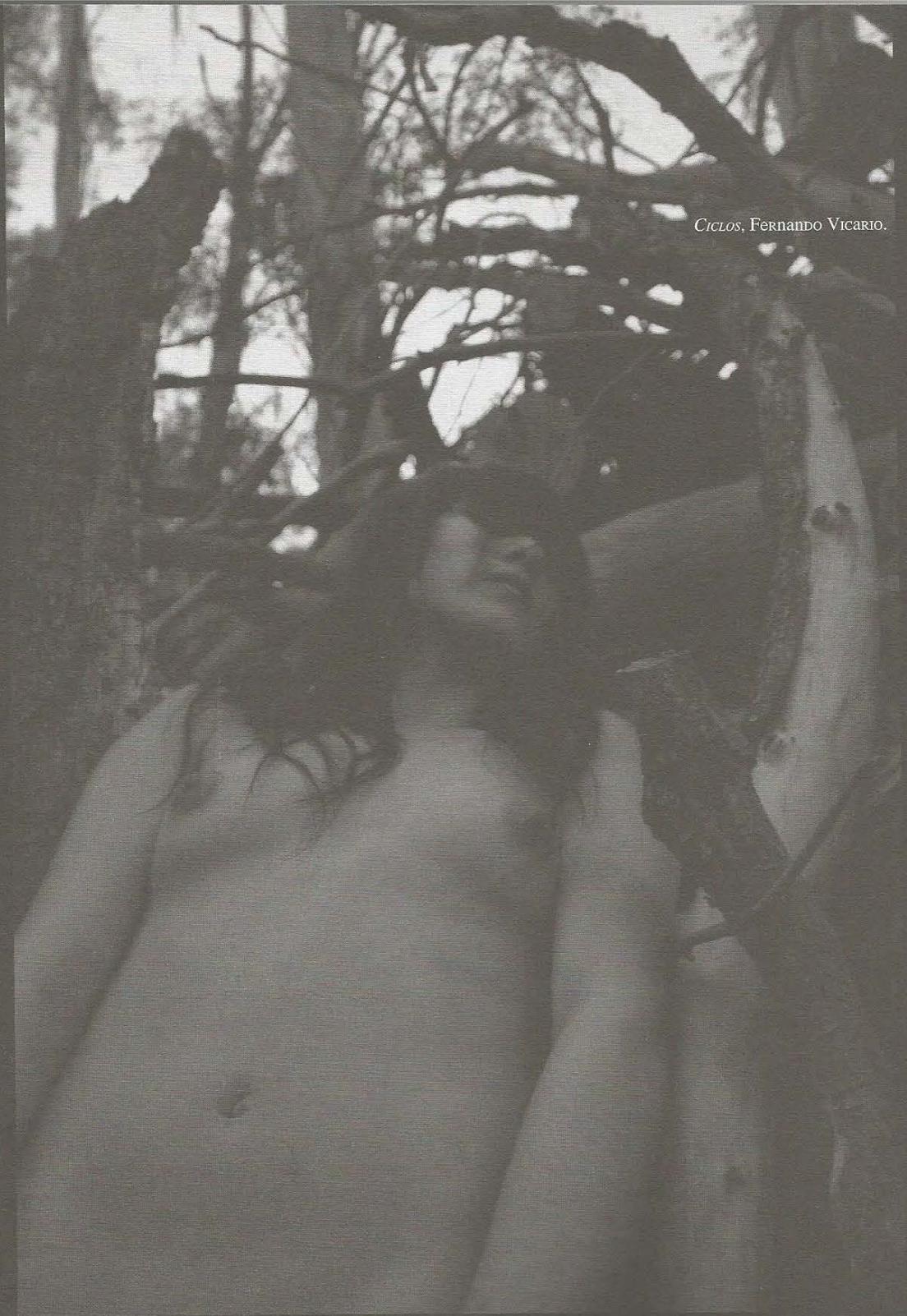
Apelando a las palabras de Wilde: "la mejor manera de librarme de la tentación es caer en ella", el equipo *Pirocromo* se dio a la tarea de librarse de una que desde hacía tiempo lo asediaba: elaborar un número sobre erotismo.

El erotismo es un misterio que todo ser humano vive en mayor o menor medida: tal es su capacidad de agitación que no hay cultura que no lo haya exaltado o censurado. Es el compañero silencioso pero omnipresente del hombre (y de la mujer, naturalmente), quien no conforme con haberlo creado, lo puso en forma de escultura, pintura, fotografía, danza y, desde luego, palabras, literatura.

El erotismo es, de hecho, la cuerda floja de la literatura. Es tan fácil caer en lo vulgar y tan difícil mantenerse en lo genuinamente estético, en lo sublime. Lo extraño es que el erotismo, aunque producto de los instintos más primarios, es hijo de la racionalidad humana. Y acaso ahí esté la razón de que sea tan frecuente objeto tanto de fascinación como de tratamiento artístico.

Porque es un reto mantenerse en esta cuerda, se eligió este tema como parte del *dossier* de este séptimo número de *Pirocromo*. Uno que podrá generar polémica (ya lo ha hecho desde su misma concepción) pero que se ha decidido hacer para mostrar las tensiones de esa orilla de la literatura muchas veces visitada y pocas veces explorada con solvencia.

Más allá de todas las vicisitudes enfrentadas durante su conformación, debemos agradecer a nuestros colaboradores por quienes aprendimos que caer en la tentación tiene sus consecuencias, ya sean graves o no, y que muchas veces éstas pueden resultar estimulantes y satisfactorias como el *eros* mismo. Es por ello que esperamos que este número sea del agrado de todos y que les cause un coctel de sensaciones hasta el grado de volverlos *lectolágnicos*.



CICLOS, Fernando VICARIO.

DOSSIER: **EROTISMO**

BÉSAME SIN LABIOS

Ana Clavel

«En ese entonces me daba por tocarme todo el tiempo...», es el comienzo de *Las ninfas a veces sonríen*. La gente piensa de inmediato en los placeres solitarios. Dicen: “qué onanista”, pero no: en el comienzo de mi educación sentimental erótica, como Ada, la protagonista de mis ninfas, me daba por tocarme en muchos más sentidos —aunque claro, el cuerpo, la piel, “no hay nada más profundo que la piel”, decía Valéry, tampoco quedaban intactos. Era tan fácil estimularme. Un libro, la portada de un disco, una mirada. Tendría trece años y visitaba a menudo la casa de un tío en La Condesa porque era una casa en una zona arbolada y a mí los árboles me dan la sensación del paraíso, con misterios como un jarrón que descansaba en el entrepiso de la escalera, con su dragón-murciélago nadando en un mar rojo sangre de cerámica; con mis primas mayores que no tenían novio pero sí lista de pretendientes; con mi primo universitario que era guapo, escuchaba discos de Santana y tenía un perro al que había bautizado misteriosamente “El Oso”.

Fue en una de esas visitas en las que yo aprovechaba para hurgar en el cuarto de mi primo, cuando hice dos descubrimientos trascendentales en mi educación sentimental erótica: el primero fue la portada de *Electric Ladyland* de Jimmy Hendrix, con ese desnudo fotográfico en el que una veintena de muchachas de todos los colores posan el esplendor de sus cuerpos rotundos sin ropas y sin pudor. El segundo descubrimiento fue una edición en varios tomos de *Las mil y una noches*. Como todo mundo, yo conocía desde niña los cuentos más tradicionales de esa colección de relatos orientales. Pero los tomos que tenía mi primo eran un catálogo gozoso donde los cuerpos liberados de prejuicios y ropajes se entregaban a la ceremonia de la carne deleitable. Las descripciones de los actos amorosos de la propia Scherezade y el sultán eran tan vívidas y detalladas que en más de una ocasión tuve que apartar la mirada del libro para tomar un respiro, tanta era la excitación que aquellas escenas me provocaban.

Un día, leía yo emocionada sobre la cama de mi primo la historia de la princesa Budur y el príncipe Kamaralzamán, quienes se deleitaban infatigables en su primer encuentro amoroso, cuando sentí que la cama se movía y una suerte de gemidos surgían de la parte inferior. No sin temor me animé a descolgar la cabeza y atisbar bajo la cama. Descubrí entonces al causante de esa versión estereofónica del cuento de la princesa Budur: “El Oso”; el perro de mi primo yacía dormido debajo de la cama, pero jadeaba y se movía como si compartiera conmigo la excitación de la historia. No sé... tal vez habrá olido las no pocas feromonas provocadas por mi lectura.

Una educación erótica en materia literaria siempre es un camino personal. En primer lugar, porque hay libros que estimulan los sentidos sin que forzosamente pueda considerárselos “eróticos”: tal es el caso de *Aprendizaje o El libro de los placeres*, una de esas rarezas-joyas como son todas las obras de Clarice Lispector. Ahí, el lenguaje todo es una piel profunda, una boca, una herida que mana besos cárdenos, un torrente

de sensaciones e intensidades que van de la excitación más sutil, casi táctil, hasta el desbordamiento de tumbos y oleadas inmensurables. Y todo ello provocado más que por una historia, por la escritura convertida en misterio y posesión.

Pero también es cierto que hay lecturas que se vuelven inevitables en esa formación de los sentidos encarnados. Tal es el caso del Divino Marqués. Los caminos de Eros son sinuosos. Yo llegué a Sade cuando tenía 17 años por las revistas *Caballero* que coleccionaba mi hermano mayor y que me prestaba porque, conociendo mi vicio por la lectura, ahí publicaban escritores contemporáneos como Gustavo Sainz, que tenía una columna muy erudita y divertida. Creo recordar que fue en las páginas de esa revista donde leí incluso un cuento del Divino Marqués, en el que la transgresión iba aparejada a un sacrílego sentido del humor, pues el relato contaba las lecciones de religión que un sacerdote prodigaba a un par de pequeños, a quienes revelaba en carne propia el misterio de la santísima Trinidad, o en otras palabras, realizaba con ellos un *ménage à trois* de abnegados fines doctrinales.

Recuerdo que escondí esa revista bajo el colchón de mi cama. Mi madre la descubrió un día y me reprendió atemorizada de suponer que la guardaba yo por los muy frontales desnudos femeninos. No puedo negar, con esa flexibilidad que tenemos las mujeres para contemplar otros cuerpos semejantes, que muchas de las fotografías eran un tributo a la mirada y a la libido, pero de ahí a reconocer una vocación homosexual había una gran distancia. Tranquilicé a mi madre diciéndole que la revista era de mi hermano, que me la había compartido por ciertos artículos ahí publicados y que a mí resueltamente eran los hombres quienes me subyugaban. Por suerte a mi madre no le gustaba leer y no intentó revisar el cuento libertino en cuestión, si no de seguro me hubiera acusado de blasfema, réproba o quién sabe qué cosa peor.

La gente dice que tengo una marcada vena erótica en mis libros. No ha sido deliberado. Sólo ahora con *Las ninfas a veces sonríen* fue que me decidí a trabajar un personaje femenino que se abriera a su deseo de una forma más íntima, gozosa, sin culpa. Tenía yo en mente ese hermoso libro de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, en el que cada ciudad inventada por Marco Polo tiene un nombre de mujer e inspira una seducción delicada y a la vez corpórea. Aún paladeaba los asedios de Calvino en la boca, cuando se me ocurrió que Ada, la ninfa de mi libro, y los diferentes hombres, héroes, dioses, faunos, ángeles rebeldes que se cruzan en su vida, podían conformar una geografía del deseo sutil y a la vez perturbadora, el mapa de una arquitectura etérea y a la vez carnal. Algo semejante a una frase que descubrí *grafiteada* en el Parque México cuando escribía la novela: «Bésame sin labios».

La vida es generosa cuando uno bucea en las profundidades de la escritura y se atormenta pero también lo disfruta. Como Ada cuando reconoce: «Me envolvía en mis pétalos, me gozaba sintiéndome... Yo era mi Paraíso».



Yo no soy aquél

Omar Tiscareño

Estudiante de 6º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, uaa

Yo no soy aquel poeta
que se mojó en los calzones
por meter mano en palabras húmedas
y líquidas mientras soñaba.

Yo no soy aquel que te excita
o te sumerge en una lengua erecta
para que despiertes manchada
de los pecados que abrieron tus piernas.

Yo no soy la parvedad de un orgasmo
que se construyó de engaños
jamás convencidos de su pertinencia

ni la penetración dolorosa
o la perversión extramarital
o el himen avergonzado
por olvidar tan pronto.

Yo no soy el fuego que habita
en la cavidad de la entrepierna,
la llama color de la carne
que gotea cera caliente
del cirio prohibido.

Yo no soy aquel
que destrozó tus enaguas
e hirió tu sexo
y con tu sexo mi nombre.

Yo no soy aquel poeta
que se mojó en los calzones
por meter mano en palabras húmedas
y líquidas mientras soñaba
con la mujer de otro.



Sin título 3, Vera Saldívar.

DÉBIL LUZ

GUADALUPE GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Estaba cansada, llevaba la mitad de la noche soportando gruñidos ronc y graves, empujes y presiones bruscas; ya me había hartado. Pero aún debía terminar la jornada o Madame se enfadaría. Después me iría a casa y dormiría como piedra. Eso me consolaba.

Un hombre calvo me veía fijamente desde el otro lado de la calle, me hizo una señal obscena, para luego acomodarse el cuello alto de su traje de terciopelo negro. Cerré los ojos, pues ya sabía a qué venía aquello. En cuanto los carruajes terminaran de cruzar, iríamos al cuartucho que me correspondía para trabajar, él bombearía y bombearía hasta eyacular, dejaría la cuota correspondiente (unas quince libras más o menos) y se largaría. Ni siquiera necesitábamos prepararnos.

- ¿Estás libre? —me sobresalté. Una calesa elegante habíase detenido frente a mí, y mi interlocutora era una mujer joven.
- S-sí. ¿Se le ofrece algo? —observé nerviosamente que el hombre se disponía a cruzar mientras manoseaba un reloj de bolsillo.
- Sube, por favor.

No me lo pensé, y en un segundo estuve a su lado y cerré la portezuela. El cochero azuzó a los caballos y emprendimos la marcha. ¿Qué estaba haciendo?, pensé. Podía ser riesgoso, tuve intención de bajarme.

- Oiga, estoy trabajando y no puedo dar paseos...
- Te pagaré, no te preocupes —aseguró con una etérea sonrisa de dientes blancos. La clase de sonrisa sugerente que yo sabía que gustaba a los hombres. Su tez morena y ojos oscuros, casi gitanos, eran bellos y cautivadores. No hice más preguntas y me removí en mi asiento, bastante confundida.

Era muy raro que las damas buscaran prostitutas, a menos de que fueran para sus esposos. Había oído de aquellas cosas, donde unas tres o cuatro personas lo hacían indistintamente al mismo tiempo. Por lo visto se estaba volviendo calladamente popular, aunque a mí nunca me había tocado.

Llegamos a una residencia gigantesca de magníficos jardines. El perfume nocturno acarició mi nariz cuando bajamos.

- Por aquí —la seguí al interior, su esplendor me dejó muda. Subimos escaleras y atravesamos galerías hasta que ella abrió una puerta doble y me dejó pasar. En la penumbra, distinguí la cama al centro con sus altos postes y

cortinas. Ella estaba cerrando la puerta y se quitaba el sombrero, soltándose el cabello. Desorientada, pregunté:

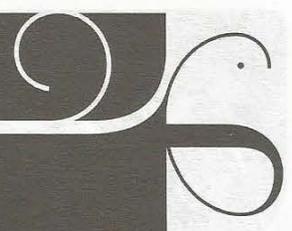
- ¿Y su marido? —una luz amarillenta y tenue se encendió en una bombona de cristal.
- ¿Marido? —se rió suavemente, y por alguna extraña razón, mi piel se erizó. Se me acercó mucho, tanto que podía ver sus pupilas contraídas por la luz—. No estoy casada. Tranquila —puso sus dedos sobre mis labios, los retiró y luego me besó despacio, lento, hasta que me relajé.

Nunca me había besado una mujer y fue sorprendentemente agradable. En el trabajo nadie me besaba así, era impensable. Su lengua cálida se abrió paso y mi boca actuó sola. Levanté mis manos y las hundí en su cabello fragante. Se sentía bien. Su mano tanteó mi espalda y desabotonó el vestido ligero que llevaba. Me estremecí cuando serpenteó por entre mis omóplatos. Ella se separó y mirándome intensamente desató la cinta superior del corsé. Corrí literalmente a ayudarlo. Con un último tirón, la prenda cayó a sus pies, liberando su torso y pechos. Supe lo que debía hacer. Lo pedía a gritos silenciosos. Era totalmente diferente a lo que siempre había realizado. Lamí aquella piel de seda, aquellos montículos cuyos pezones se endurecieron para deleite suyo y mío. Ella exhaló débilmente y le quité la falda. Sus bragas estaban mojadas ahí, cual rocío de primavera empapando los pétalos de su intimidad. Deseché también mi vestido. En mi profesión era un estorbo la ropa interior.

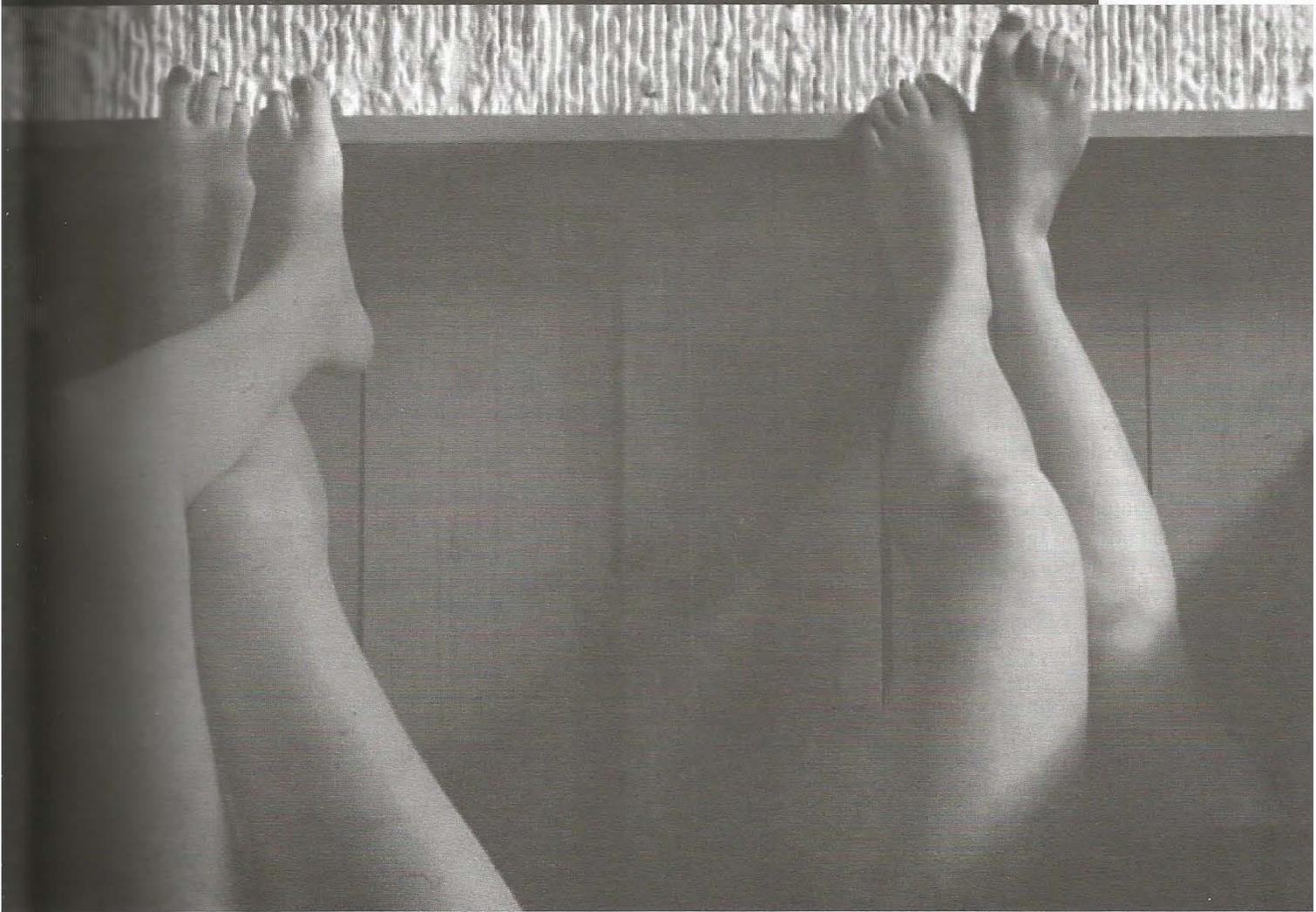
Con su pierna entre las mías, la besé de nuevo, bajando la única tela que quedaba entre nuestras pieles desnudas. Sus ojos oscuros brillaron de satisfacción al notar me tan húmeda, casi tanto como lo estaba ella. Tomó una de mis manos y la hizo deslizarse más allá de su pubis. Ahí sentí una protuberancia erecta y con la suavidad del terciopelo; ardiente como el fuego. Quería que se la tocara, guiándome con manos expertas primero. Lo hice una y otra vez, y cada vez que lo hacía se estremecía, gimiendo con una voz queda y tierna que me nubló la mente. Empecé a frotarme sobre su pierna, no podía aguantar más estar quieta, uniéndome así a su ritmo de placer. Hacía siglos que no experimentaba nada parecido, tantos que ya casi había olvidado cómo era la unión de dos cuerpos engeguedidos por la fiebre que nos devoraba a las dos, haciéndonos ir más y más rápido.

Gritó agudamente justo cuando yo sentía que explotaba vibrantes pedazos unidos solamente por el recuerdo de que tenía un cuerpo indivisible. Me tendí poco después a su lado, jadeante. Ella aún gemía, pero luego se volvió mirándome con los ojos entreabiertos. Sonrió y me mordió en los labios. Tenía las mejillas arreboladas, y una leve capa de sudor cubría su rostro en éxtasis. La abracé a mi vez y le devolví el beso a su boca rosada.

Esa mañana regresé temprano a mi casa. Mis hermanitos aún dormían su larga noche, que para mí —haciendo el amor incontables veces con una mujer, y no trabajando— había sido de lo más corta. La recámara de mis padres estaba vacía. Papá había muerto en un accidente en los muelles y mamá trabajaba desde el alba como criada en una casa rica. Saqué las mil libras que la mujer me había dado. Los billetes eran nuevos; había insistido en que los aceptara a pesar de mis quejas. ¿Por qué demonios debía tomarlos cuando dejé de considerarlo un trabajo? Su calor y su sexo eran un regalo. Aparté el dinero correspondiente a Madame y guardé el resto. Servirían para leña y lo necesario, de acuerdo. Duraría mucho tiempo y hasta podría comprarles dulces a los pequeños, aunque nada comparado con la dulzura del sabor de aquella dama.



Sm título 2, Vera Saldívar.



CANTICA CANTICORUM

(RECOMENDACIONES)

◉ DESDE EL CONSEJO EDITORIAL DE PIROCROMO

El *Cantar de los cantares* es un libro bíblico que en este canon se clasifica entre los libros denominados poéticos, principalmente por las figuras alegóricas que en él se encuentran. Es también uno de los libros más eróticos de los que se tiene registro.

En latín, este libro lleva el nombre de *Cantica canticorum* y, aunque en la fórmula latina evoque un genitivo, es decir, una propiedad o pertenencia, evoca a su vez un valor superlativo, pues lo exalta de entre los demás cantares.

La autoría de este libro es atribuida al Rey Salomón, sin embargo, esta atribución parece ficticia y aún no se ha comprobado quién es el autor real de este texto.

El *Cantar de los cantares* tiene ocho capítulos que describen siete días que corresponden a la celebración de las bodas entre los personajes que el autor denominará como el Amado y la Amada.

Actualmente, este libro es considerada una de las obras literarias que mejor expresa el amor erótico, de ahí que la tradición judía lo contemple como parte de sus textos sagrados por expresar de una forma adecuada y estética cómo debe ser el amor *eros* (sexual) entre el hombre y la mujer que, en el cristianismo, se interpretará como el amor de Dios a su Iglesia.

Las figuras alegóricas que se encuentran en este texto tienen eco en las obras de autores como Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, quienes recrean en varios de sus textos ese *locus amoenus* (lugar ameno, lugar propicio) para describir la intimidad de la unión entre el Alma y Dios: "Amada en el Amado transformada", el deseo de amar que se sublima en las palabras de este poema y que provocan en el lector los sentimientos propios del ritual sagrado que consume e inflama las pasiones del sentimiento: "Que me bese ardientemente con su boca/porque tus amores son más deliciosos que el vino" (*Cantar de los cantares*, 1:2).

A continuación, presentamos un fragmento del capítulo cuatro en el cual se puede destacar el erotismo contenido en este libro:

El Amado:

Tus ojos son palomas, detrás de tu velo. Tus cabellos, como un rebaño de cabras que baja por las laderas de Galaad.

Tus dientes, como un rebaño de ovejas esquiladas que acaban de bañarse: todas ellas han tenido mellizos y no hay ninguna estéril.

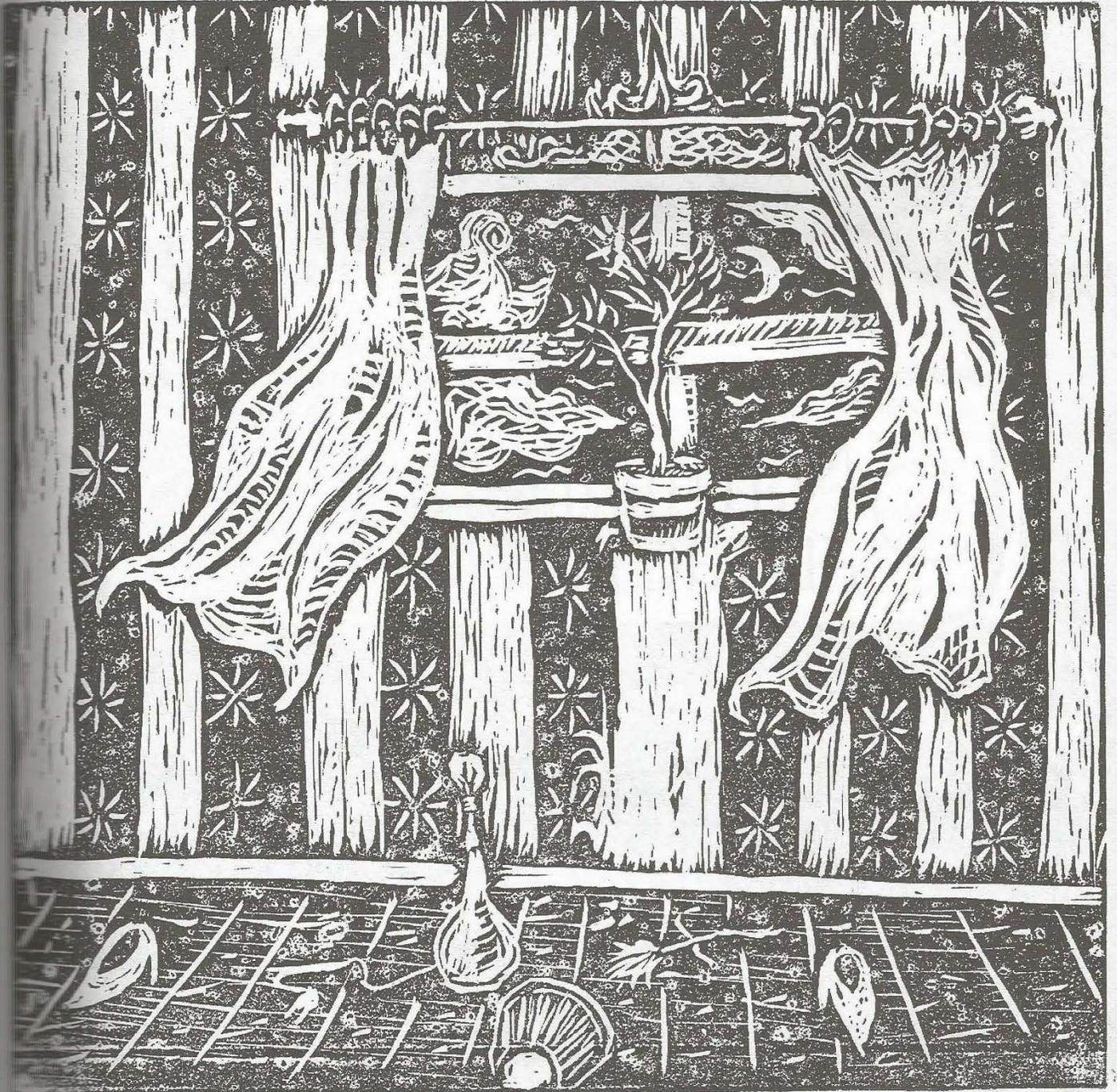
Como una cinta escarlata son tus labios y tu boca es hermosa. Como cortes de granada son tus mejillas, detrás de tu velo.

Tu cuello es como la torre de David, construida con piedras talladas: de ella cuelgan mil escudos, toda clase de armaduras de guerreros.

Tus pechos son como dos ciervos jóvenes, mellizos de una gacela, que pastan entre los lirios.

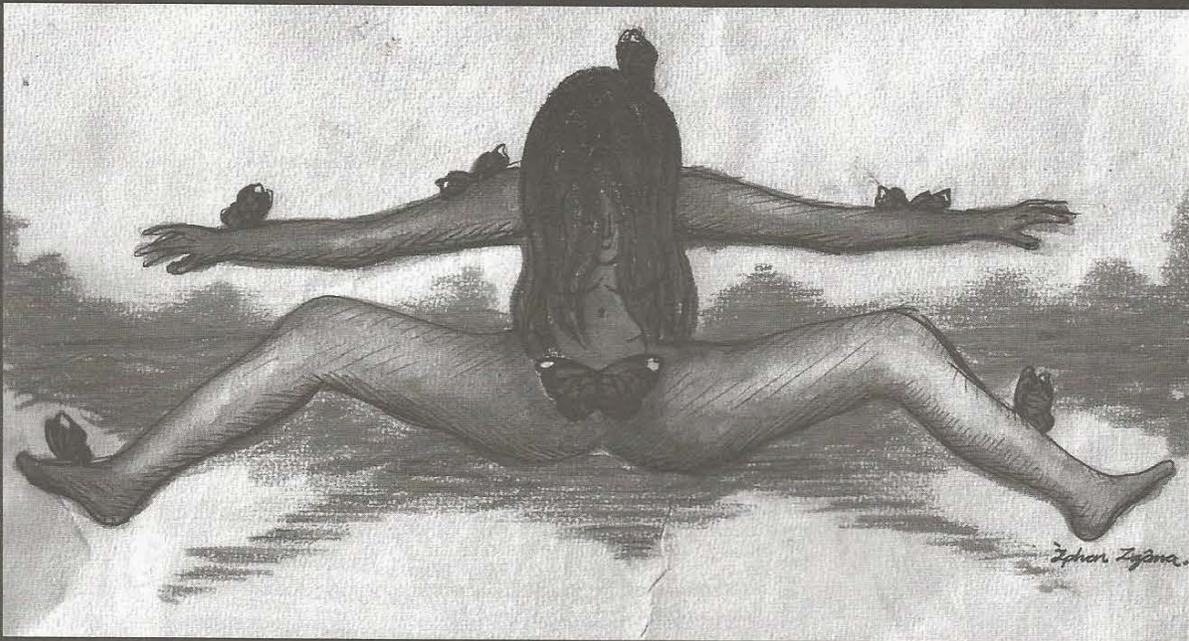
La Amada:

¡Despierta, viento del norte, ven, viento del sur! ¡Soplen sobre mi jardín para que exhale su perfume!
¡Que mi amado entre en su jardín y saboree sus frutos deliciosos!



— la Talonera —

Ewel



DOSSIER: Erotismo

Naturaleza al tacto

ANDREA TRUEBA RUIZ

Estudiante de 1º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UNAM

Detrás de la luz violeta se buscan nuestras manos como dos peces ciegos.

Se palpan en un primer momento para después entrelazar sus tentáculos de medusa.

Se pellizcan de repente y las uñas recorren cada resquicio de la piel, se besan las yemas de los dedos dejando impresiones de sus huellas, encajando los surcos invisibles; trazando las líneas que ya nos escribió la vida en las palmas,

las líneas que quizá cuenten un futuro,
las líneas que quizá no digan nada.

Delinear el contorno y sombra de tu mano es crearla de nuevo, escuchar bajo mi tacto el latir de cada herida y cicatriz que han brotado en el camino.

Te presiento y a través de tu mano te adivino como ella; áspero y frío, de roce de mariposa, manos de beso tímido.

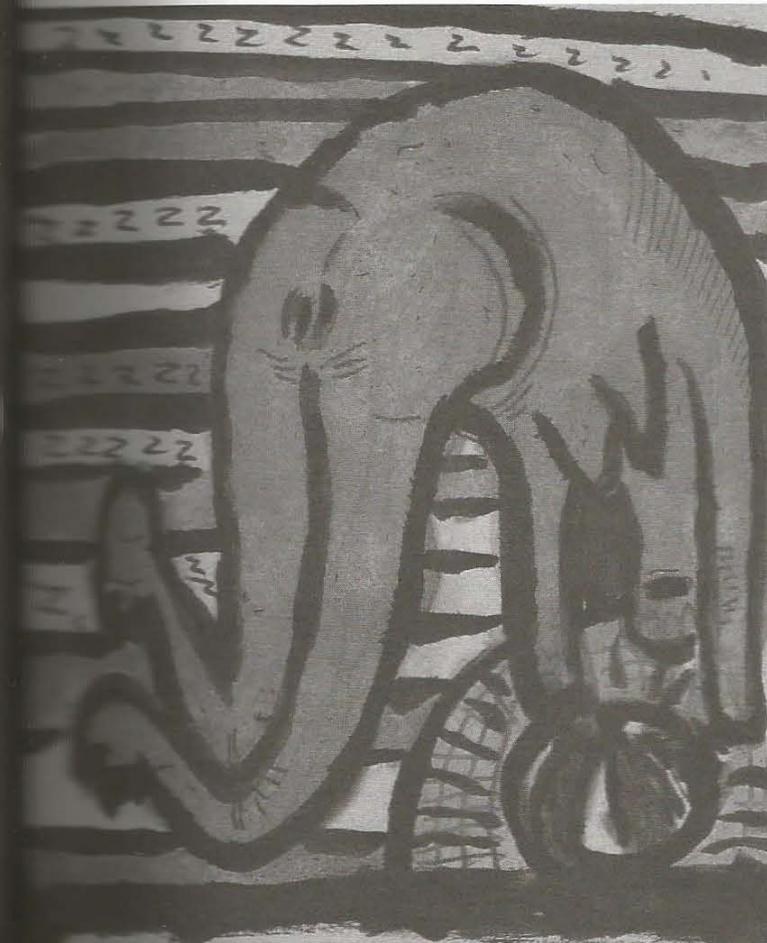
Nuestras manos se aproximan, colisionan como si fuese casualidad y toda la energía que me impulsa a aventurarme más allá de tu mano la concentro en el fluir de este encuentro solitario, con la única parte de tu cuerpo que puedo explorar sin tener que explicarte nada.

EROS Y ERATO en concubinato

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Escritor y editor colombiano residente en México desde 1978.

Definir erotismo y definir literatura y luego vincularlos podría parecer un buen ejercicio para un examen de filosofía. Reducir la respuesta a cinco cuartillas es un buen reto que se puede aceptar sin incurrir en optimismo alguno. Primero que todo será importante huir de los lugares comunes, de las citas manoseadas extraídas del *Cantar de los cantares* o de las sinrazones tendenciosas de Bataille o el Marqués de Sade. Hay un bello poema de amor, o tal vez mejor, de soledad, escrito por uno de esos extravagantes que nunca faltan en Colombia y que de alguna manera tiene que ver con el erotismo colombiano. El poema comienza con la siguiente línea: “Te quiero burrita”. El poema es de un hermoso loco que terminó suicidándose, salida bastante digna al desastre que hoy es Colombia. Tenemos en esta burrita amada un primer acercamiento, que nos ofrece un vislumbre quizás no del erotismo, sino de un erotismo: el que se practica sin compañía racional, con una pollina. Baudelaire escribió que el supremo placer reside en hacer el mal. A mí eso no me convence. Supongo que a algunos les gusta hacer el mal en la cama. Morderle una nalga a la compañera o jalarle las orejas. Yo prefiero hacerle cosquillas en el anito y sentir cómo la compañera se frunce y exclama “ay, cómo eres”... aunque de todos modos se acomode para que siga con las cosquillas y algo más. ¿Han probado ustedes meterle el dedito en el hoyuelo que queda al sur del coxis –con salivita, claro, porque lo cortés no quita lo caliente– a la amiguita en el momento en que la raíz fundamental llega al fondo de la tierra? Pruébenlo, es garantizado. El consejo lo doy gratuitamente, aunque si lo quieren las señoras de *Cosmopolitan* se los vendo gustoso. Y aquí una disculpa: cuando hablo de erotismo, llamo al tálamo de esta mesa redonda, a una criatura del sexo femenino, porque yo tengo esa mal-



Serie “Retratos de elefantes”,
Sobre la bola, Plespy Cuevas.

hadada debilidad y limitación: no me gusta tener en mi cama de amor ni a una pollina, ni a un ganso, y menos a una gansa, tampoco a un hombre o un hembra, sino a una mujer, y no sólo con los orificios pertinentes, sino con la inteligencia, la imaginación, la disposición al juego y por lo tanto a la transgresión. Valdría la pena intentar definir la palabra «mujer», lo que implica hoy en día un riesgo grande. Si afirmamos que definir a una mujer es definir a todas, incurriremos en un pecado grandote. Cuando yo era adolescente hice una lista de mis novias. Listé a 30: 29 eran novias imaginarias; a una le había dado un beso con los labios fríos, apretados, y las manos atrás. Las treinta mujeres de mi lista eran diferentes. Andando el tiempo he conocido, más bien me he acercado, a unas cuarenta mujeres y sobre todas ellas he escrito, hasta casi convertirme en un especialista en el tema, de modo que he dictado aproximadamente veinte conferencias con el mismo título: *Literatura y erotismo*. Hasta el momento no he repetido razones ni anécdotas, pues me gusta probarme a mí mismo y ver si el paso de los años me ha enseñado algo. Confieso que creo que no he aprendido nada. Todas las mujeres que conocí fueron difíciles, conflictivas, enigmáticas. Unas más peluditas que otras. Unas gritonas, otras silenciosas. Una quiso suicidarse desde un piso alto del Hotel Tequendama; otra se entregó la primera noche, me juró amor eterno, le presté mi coche, y cuando me lo devolvió, el triste Volkswagen estaba convertido en chatarra y ella ya tenía otro amor al que le había jurado amor eterno. Pero vayamos al tema central de estas cinco páginas: ¿qué es el erotismo? Si me lo preguntan no lo sé, si lo practico, tampoco lo sé. No lo sé de cierto, lo intuyo y lo invento, nada más. Todo el mundo lo sabe: después del acto consabido no queda teoría alguna como sedimento. Todo se borra. En erotismo como en filosofía no hay progreso. Vamos a plantear una hipótesis. Supongamos que vemos una montaña, señalamos la cima y nos decimos: allá voy a llegar. Pues el erotismo es esa cima que siempre queremos alcanzar y a menudo creemos alcanzar. Al intentar racionalizar la experiencia del erotismo todo se desvanece. Y por eso, porque como de Dios y de la muerte no se puede pregonar sino nuestra ignorancia y nuestra fe, lo mejor es seguir dando palos una y otra vez, a ver si afinamos la puntería, y si no logramos la perfección y el conocimiento, por lo menos habremos bailado, y como dice el dicho, lo bailado quién nos lo quita... o más bien, palo dado ni Dios lo quita. Sigamos adelante con esta tendenciosa y falsa teoría del erotismo: Que vengamos con los palos contados no es más que un lugar común adoptado por nuestro maestro del lugar común. Yo hasta el momento no he hecho ciencia de nada, ni he defendido causa alguna, y me he dedicado a ser un cantor de palos, lo que es divertido y creo no le hace mal a nadie. Y como cantor de palos, he sido un estudioso de las mujeres y he planteado el asunto del coito impune como una de las bellas artes, aunque sé, esto sí, que no hay coito impune. Todas las mujeres nos lo cobran y especialmente nuestras mujeres de planta... que si se enteran del coito, ya tendrán para cantar el resto de la vida. De muchacho yo tenía la idea romántica, es decir bobalicona, de que a la mujer amada hay que contarle todo. Craso y grasiento error. Con cada mujer hay que hacer una mónada —no una monada, sino una mónada leibniziana—: cada mujer, como cada obra literaria, debe ser un universo cerrado, clausurado con siete candados. Sólo así podremos habitar en la relación de pareja un mundo sin recriminaciones, un *topos urano* del erotismo, y, ¿por qué no?, del amor. ¡Ah, ése es otro detalle que se me olvidaba apuntar! Yo soy de esos inocentes que creen que el auténtico erotismo incluye el amor. Y esta idea es sin duda una paradoja del tamaño de la paradoja de Zenón de Elea, pues como se sabe, el erotismo es acérrimo enemigo de la costumbre. Afortunadamente la mayor parte de las mujeres —de las mujeres con las que nos casamos los anticuados que somos hombres de una sola mujer y de



Serie "RETRATOS DE ELEFANTES",
Sobre la mesa, Nesy Cuevas.

muchos sueños— tienen un mecanismo que hace que rechacen el acto amoroso de manera sistemática, a menos que estén dadas todas las circunstancias propicias. El acto erótico —es decir, el acto amoroso pleno— supone e impone tantas condiciones, que es flor desértica. Intentemos enumerar las condiciones del acto erótico pleno: 1. Seleccionar el sitio correcto y darle estatus de sagrado; 2. Que la mujer esté propicia, descansada, amorosa, contenta, satisfecha con su hombre; 3. Que haya un sentimiento de juego y de aventura; 4. Que haya sensación de que lo que se va a emprender es algo prohibido y de que, esta noche sí va a suceder algo diferente; 5. Que haya habido una preparación.

Vayamos un poco a la literatura. ¿Qué autores nos han enseñado a los colombianos un poco de erotismo? Principiemos por Vargas Vila, que enseñó a nuestros abuelos en público y a nuestras abuelas en privado algo sobre el tema. Vargas Vila dijo que una vez que un hombre ha tenido los pechos de una mujer en sus manos, puede dar por hecho que la tendrá por completo. García Márquez en general ha pintado una especie de erotismo exótico, primitivo, mítico y cataclísmico, en el que el hombre toma a la mujer como un vendaval que la deja mirando las estrellas y preguntándose a qué hora comienza la función. Alvaro Mutis ha rozado el tema con pudor de diplomático que no quiere comprometer a nadie. A nivel de la gran literatura, muchos de los colombianos aprendieron de *Las mil y una noches* y de Henry

Miller; lo que no puede dar sino resultados verdaderamente traumáticos. No conozco ningún texto colombiano en el que el tema del erotismo sea abordado a plenitud y con sus matices, pero supongo que sí lo hay. En cuanto a las relaciones entre el erotismo y la literatura me atrevería a decir que ambos son asuntos íntimos, con la diferencia que la literatura es una especie de intimidad hecha pública, mientras que el erotismo de pareja es una intimidad sellada. Hablo en términos generales, es decir, convencionales. No incluyo conceptos como perversión, que dan tanto de qué hablar y que designan las tendencias naturales que tenemos todos los seres humanos, pero llevadas a su extremo. El erotismo es un ejercicio sensorial y afectivo, tal vez también gnoseológico, en el que confluyen muchas ciencias manejadas de manera intuitiva: la arqueología, la psicología, la anatomía, la dinámica de los fluidos, la endocrinología, la semiología, la acrobacia, la cronología. Desgraciadamente la civilización occidental ha prestado poca atención a los estudios académicos del erotismo en términos prácticos. Las mujeres occidentales no tienen la opción de graduarse, como en la antigua China, con el título de celestiales flautistas del emperador, sino que tienen que aprender en la oscuridad de los cines o en la incomodidad de los autos. No es extraño, entonces, que abominen del beso fundamental y que terminen aprendiendo a regañadientes. Los hombres, por su parte, conservan la tradición de servirse de la mujer como objeto de placer. Y gran parte de la culpa de esto la tienen la religión y los literatos. La religión, por razones bien conocidas; los literatos, por el tradicional temor a tratar el tema con amplitud y libertad. Si los sueños colectivos de una cultura son objetivados por los escritores en sus obras, nosotros, los colombianos, tenemos sueños con censura. Sólo el arte puede dar –fuera de las camas y los sitios del acto en cuestión– las dimensiones del erotismo pleno y hasta ahora este arte colombiano no lo ha alcanzado. Otros erotismos truncos flotan en el aire y tergiversan ese *weltanschauung* maltrecho que es el que campea en la vida amorosa de los colombianos y de los latinoamericanos en general. Estos pseudoerotismos son los promovidos por la exhibición de la carne y los de la pornografía en todas sus expresiones. Y aquí vale la pena hacer una distinción elemental entre erotismo y pornografía: el erotismo es labor de altura e incluye la cristiana vocación de servicio, incluso el amor; la pornografía supone la existencia de una víctima y un victimario. El erotismo busca el bien; la pornografía busca el mal. Sé que esto suena esquemático, pero fundamentar tales asertos rebasaría los límites de las cuatro cuartillas. El objetivo del erotismo es la exaltación del ser humano por medio del afecto, la sensibilidad y el conocimiento mutuo; los objetivos ulteriores son la paz, el sueño tranquilo, la sensación *boyscoutiana* de que se está haciendo la buena obra de la noche; el objetivo de la pornografía es deshacerse del *semen retentum*, escupirle a la compañera de lecho, y a otra cosa. Hay muchos matices que podrían explorarse en lo que estoy diciendo, pero los eludiré en aras de la obligada síntesis. Vale la pena aquí recordar las declaraciones del reciente premio Nobel, el señor Naipaul; según él, las prostitutas jugaron un papel muy importante en su matrimonio, pues lo mantuvieron a flote mientras la esposa de Naipaul no estaba disponible. A esto hay que agregar el papel fundamental de la masturbación y la pornografía, que son las salidas de emergencia de los esposos y las esposas insatisfechos y solitarios. Creo que esto es indudable y también es indudable que en la literatura colombiana poco se ha atendido a estos temas. En general se ha dado un tratamiento idílico o, por el contrario, cataclísmico, al erotismo, soslayando las zonas oscuras o por lo menos aparentemente inconfesables. Yo particularmente me he dedicado a escribir sobre lo inconfesable, y ello ha llevado a algunos medios de prensa y a algunos lectores a etiquetar mi trabajo como “literatura erótica”, lo que es un reduccionismo bastante desagradable.



Serie "RETRATOS DE ELEFANTES",
Sobre la cama, Plespy Cuevas.

Para terminar voy a contar una pequeña fábula en la que creo que se ejemplifica la diferencia entre el erotismo femenino y el masculino: Dos turistas, hombre y mujer, inexpertos en labores fluviales, hacen canotaje en la quebrada Matamata en el Amazonas y compiten con otros turistas que avanzan remando en sus respectivas canoas. Hombre y mujer llegan en último lugar. La mujer, que era la encargada de darle dirección a la canoa, en lugar de ir en línea recta hacia la meta, había ido de orilla a orilla. El hombre reclama: "Así nunca íbamos a ganar". La mujer sonríe y responde: "Es que a mí no me interesaba ganar, sino ver el paisaje".

Muchos hombres son como ese turista: toman el erotismo como una competencia que deben ganar. Y muchas mujeres son como esa turista que quería ir de un lado a otro, con pausa, con deleite, mirando las orillas.

Esta pequeña fábula, que viví hace algunos meses en el Amazonas, me sirvió para reconfirmar la idea de la superioridad erótica de la mujer, su formación de saúde, de ser hecho particularmente para el amor. A los hombres no nos queda otra alternativa que tratar de aprender de estas maestras del amor. Lo demás es literatura.

EL VELLO PÚBLICO Y LAS ARAÑAS



Licaón

Anatomista mórbido que usa tanto el bisturí, como la pluma

Parece que la aparición del vello púbico al inicio de la pubertad provoca no pocos temores. Niños y niñas, acostumbrados a gozar durante la infancia de cuerpos lampiños, lisos, sin mácula, descubren de pronto la inquietante aparición de los primeros vellos. Las reacciones de unos y otras son diferentes. Mientras la mayor parte de los niños celebra el hecho, pues los acerca al ideal de virilidad que tanto ansían, a un porcentaje significativo de las niñas el fenómeno las perturba profundamente.

Tantos siglos de hacernos creer que somos los reyes de la Creación han acabado por permear los estratos más profundos del imaginario colectivo occidental. La animalidad nos asusta, nos inquieta, nos altera, nos hace sentir incómodos. Lo peludo nos remite al origen del que creemos habernos emancipado y nos equipara a las bestias a las que tanto tememos. Y de todas las regiones corporales, la pilosidad genital es la más amenazadora.

Desmond Morris (Purton, Inglaterra, 1928), el zoólogo y etólogo que se hizo famoso con la publicación de su libro *El mono desnudo* (1967), explica la conducta humana a partir de su robusta filiación animal. A Morris no parece incomodarle nuestra pertenencia al reino del que nos creímos desterrados después del vergonzoso episodio bíblico de la manzana, tan citado aún hoy desde los púlpitos. Todo lo contrario. Es claro que él goza obligándonos a observar nuestro comportamiento para comprobar una vez más que, a despecho del raciocinio del que nos sentimos tan orgullosos, somos animales en toda la extensión de la palabra. En lo personal, me alegro mucho.

El doctor Morris nos vuelve a turbar con una revelación que aparece en uno de sus últimos libros, *La mujer desnuda* (2004). En el capítulo dedicado al vello púbico, revela una curiosa y estrecha relación entre la aparición del vello en el monte de Venus y el temor a las arañas. Citando un estudio científico que indagaba las relaciones entre el amor y la aversión a los animales, Morris asegura que el estreno de la pilosidad pública coincide temporalmente con un incremento de la fobia a las arañas entre las niñas británicas incluidas en esa investigación. No ocurre así entre los varones que sirvieron de comparación. Leamos directamente las palabras de Desmond Morris:

A primera vista, esto no tenía una conexión evidente con el vello púbico, pero cuando se les pedía a las chicas en cuestión que explicaran por qué sentían tanta aversión hacia las arañas, ellas casi siempre contestaban que era porque son “cosas peludas y repugnantes” [...]

[...] el pelo de la araña es más simbólico que real. Lo que ve la chica de catorce años, cuando se encuentra con una araña por el suelo, es el movimiento de sus largas patas, patas que parten de su blando cuerpo central. Son esas patas las que se ven como “pelos” y toda la araña es inconscientemente contemplada como una “mata peluda y móvil”. El hecho de que este miedo se duplique a la vez que las chicas asumen el hecho de que les está creciendo una “mata peluda” entre las piernas, es evidentemente significativo. Así, por cada chica orgullosa de que le brote vello corporal, hay otra que está molesta por ello.

Puede que lo expuesto por el doctor Morris no sea plenamente convincente, pero no cabe duda que hoy, en comparación con ayer, consideramos mucho más bellos los genitales femeninos lampiños que los peludos. Basta con echarle un vistazo a la evolución en los últimos 30 años de las modelos que han adornado las páginas centrales de revistas tan gustadas por los caballeros como la famosa *Playboy*. En este paseo por el tiempo puede uno constatar que a los hombres no sólo nos gustan rubias, sino también depiladas en el hemisferio sur de la anatomía.



Fa, a ALEJANDRO AMSEL.

El pilón: Sadomasoquismo

La combinación de los dos primeros lugares de nuestro listado nos apremia con el título de sadomasoquismo, práctica en la que los amantes juegan al cambio de roles: primero son los esclavos y después los verdugos. Disfrutan del dolor propio y el dolor ajeno. ¿Quién diría que todo inició con un par de letras?

Las que fueren contrarias a las fobias son aquellas que la psicología define como la atracción o gusto por determinadas relaciones, situaciones u objetos. Es la literatura, la que a lo largo de mucho tiempo ha logrado acuñar sus propias filias: al grado de darle nombre y formular con ellas cientos de historias. En el equipo de PIROCROMO nos dimos a la tarea de enumerar a las cinco parafilias más comunes del mundo de la literatura:

5: LECTOLAGNIA

El número cinco de este conteo se debe al *dossier* de nuestra revista. La lectolagnia es la excitación producida por la lectura de textos eróticos, es decir, aquello que seguramente le sucederá a más de uno con este número de PIROCROMO. Esta filia es muy popular, pues gracias a ella se han desatado todas las otras que se inspiran de la literatura.

4: NINFOFILIA

¿Cómo pasar por alto la devoción de los hombres en edad madura por las jovencitas? Esta devoción está presente en la famosa novela rusa de Vladimir Nabokov, *Lolita*, quien es toda una ninfa por estar en una edad en la que no se es una niña, pero tampoco una mujer. La ninfofilia adquirió popularidad gracias a esta obra, hasta nuestros tiempos se hacen adaptaciones de la misma para las pantallas chica y grande. Tal vez algunos no han leído a la hermosa Dolores de doce años, pero seguramente alguna vez han sentido curiosidad por el cuerpo y encanto virginal de las adolescentes.

3: VAMPIROFILIA

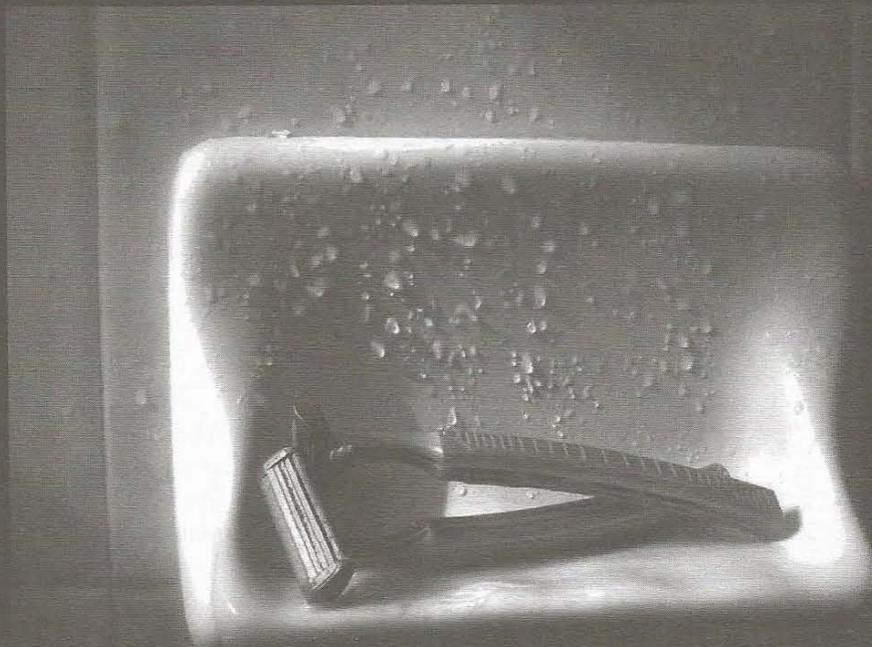
Quizá suene a una filia novedosa, naciente de una muy popular saga de vampiros brillosos, pero no es así. Es gracias a la cordura de unos cuantos (o a la perversión, quién sabe) que esta filia nace después de la peste negra que acosó a Europa en el siglo xiv. En estos tiempos comenzaba a resonar el término “vampiro”, que después se convirtió de mano de los románticos no sólo en un ser al que se le temía, sino también en un no-vivo que revivía pasiones que se creían perdidas en hombres y mujeres, niños y niñas, y claro, ¿por qué no?, ancianos y ancianas. En la actualidad, hay personas que modifican sus cuerpos o actúan capítulos completos de su novela de vampiros favorita; claro está, aplican el afamado “final feliz” mientras le chupan la sangre (y otras cosas) a su víctima.

2: MASOQUISMO

Ahora sí, hemos llegado al dúo ganador. El masoquismo, perversión de quien siente placer a través del dolor, es denominado así gracias al escritor austriaco Leopold von Scher-Masoch, cuya literatura nos obsequió una nueva forma de experimentar el sexo. Déjennos contarles que uno de los miembros del equipo PIROCROMO tuvo la suerte de charlar con una guapa meretriz, con ella nos enteramos de que existen paquetes especiales para los clientes masoquistas: las pieles, los lazos, los golpes e incluso el precio varía dependiendo de la intensidad de los mismos. Aquellas que realizan este trabajo son conocidas como *dominatrix* y se distinguen por no conocer la piedad. Así que ahora lo saben, si *La venus de las pieles* los dejó con ganas de golpes, insultos y lágrimas, ya que también le encuentran el encanto al dolor... será cuestión de ahorrar un poco y pagarle a una talentosa prostituta.

1: SADISMO

La herencia que el Marqués de Sade dejó al mundo no tuvo como límite unas hojas y un poco de tinta; sus ideas, sus placeres y la forma de causarnos miedo han llevado a más de uno a probar la dominación del cuerpo ajeno. Quizá el ego se inflama y las manos pierden el control, o tal vez nos empeñamos en ver en cualquier rostro a una Justina indefensa o a una Julieta corrompida, o es sólo el reto personal de convertirnos en contra de nuestra moral. Actualmente el sadismo es una de las prácticas más recurrentes entre los amantes, al grado de llevarlos hasta la locura. Jugar a ser Dios –aunque sea en la cama– nunca dejará de ser peligroso.



RASTROS, TIBURÓN MARTILLO.

Todo se resumía en una extraña calma. Con la vista fija en el cielo, con el cuerpo inerte escaso de calor. Blancos, aquellos copos eran cristalinos y puros, caían paulatinamente para humedecer el rostro de la pequeña y cándida alma. El viento hacía su labor mientras discurría como experto acalabrando cada una de sus extremidades, mientras tanto, ella reía por su desgracia, ya no percibía que la escalofriante nevisca hacía de las suyas.

Inesperadamente, en el helado firmamento, una luz brillante y llamativa se acercaba. Una huella tras otra se reflejó en la nívea tierra deteniéndose justo enfrente de ella. Los ojos de la joven se cruzaron con los del extraño, no había expresión alguna, sólo un perturbador juego de miradas.

Su piel era blanca, cubierta por un fulgor magnético. Aquellos ojos eran intensos con las pupilas deseosas y demenciales. El extraño se acercó ansioso, analizó el territorio con cautela, me rodeó para no perder de vista algún movimiento inesperado, pero eso no resultó ser un impedimento para sus planes.

Me desgarró. Comenzó a probar mi carne con suavidad, su lengua tocaba cada fibra sensible de mi piel, como un experto voraz que no podía saciarse. Un cosquilleo repentino y brusco se acentuó en mi abdomen, sin desearlo ni planearlo me entregaba a lo desconocido. La respiración se volvió inestable, el calor que se había extinguido en mí cobró poco a poco una chispa, que sin buscarlo, se tornó en una flama indómita.

Mis dedos y manos se movían lentamente para dejarse llevar por un escozor agradable que llenaba aquel vacío interno de lo que nunca seré. El líquido flamante y escarlata fue descendiendo hasta mis genitales, el hormigueo de las piernas comenzó un vaivén. Estaba siendo entregada a la mejor y quizá última experiencia placentera, no había tiempo para llorar, pues aquellos choques eléctricos que brotaron de la nada formaban un nudo en mi garganta y me hacían sollozar, gemir y gritar.

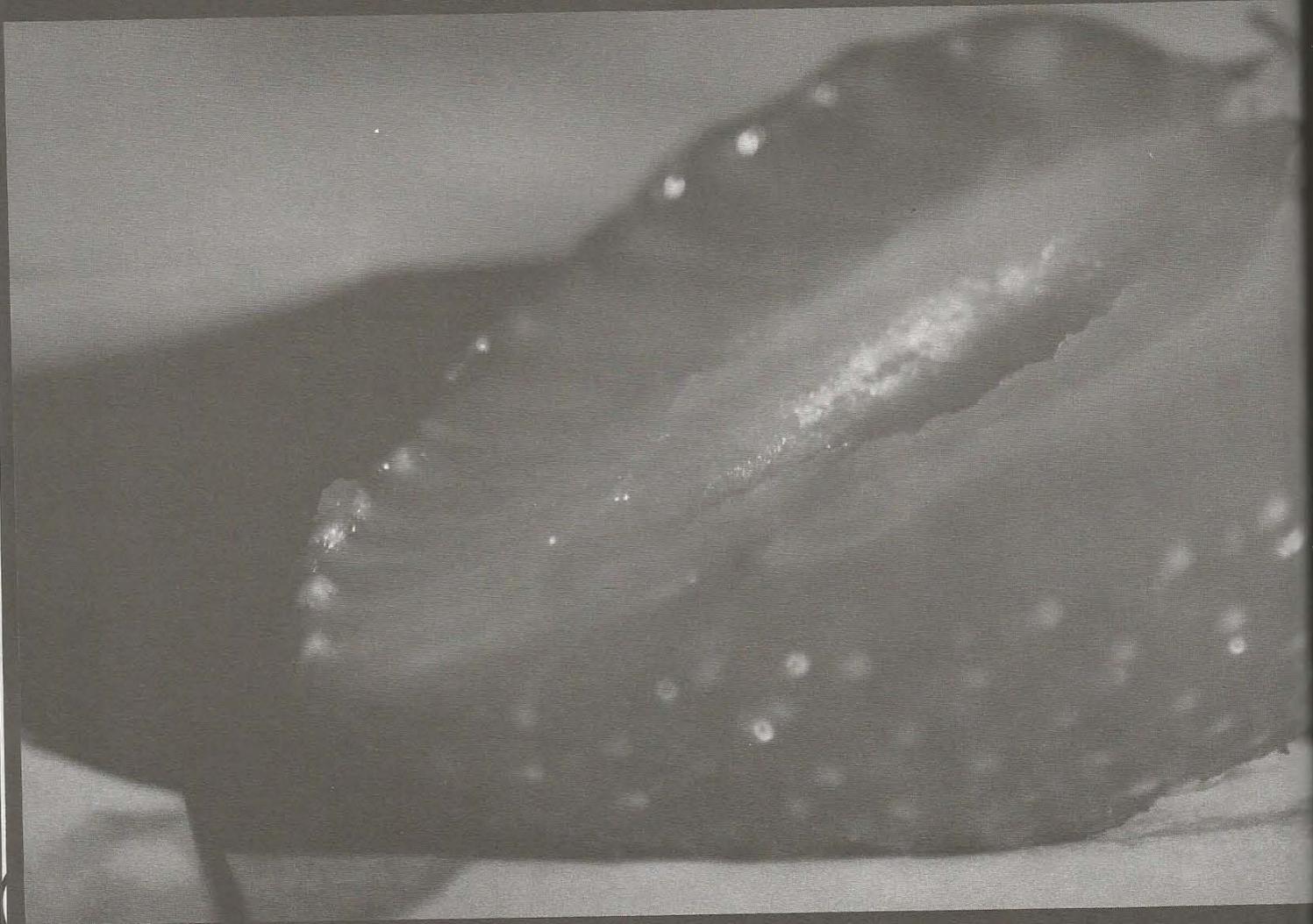
Desconocía este tipo de sensaciones, yo gozaba mientras estaba siendo devorada sin contemplación por aquel ser salvaje e irracional. Un sonido monocorde y casi imperceptible era escuchado cuando tocaba mis entrañas. Me encontraba a merced de un depredador nato, violento y excitante. Yo era la víctima y la cena aunque no me disgustaba serlo. Aquellos dientes filosos y expertos hurgaron en mi piel para que su lengua degustara de mis fluidos vitales. Aquel momento era hostil y estimulante al mismo tiempo. Ya no importaba dónde estaba, ni cómo llegué ahí, tampoco si saldría de ahí o no. Yo sólo podía pensar en el calor, el hormigueo de mi cuerpo, la dilatación de mis pupilas y aquel estado jovial e hipnótico en el que me encontraba sometida.

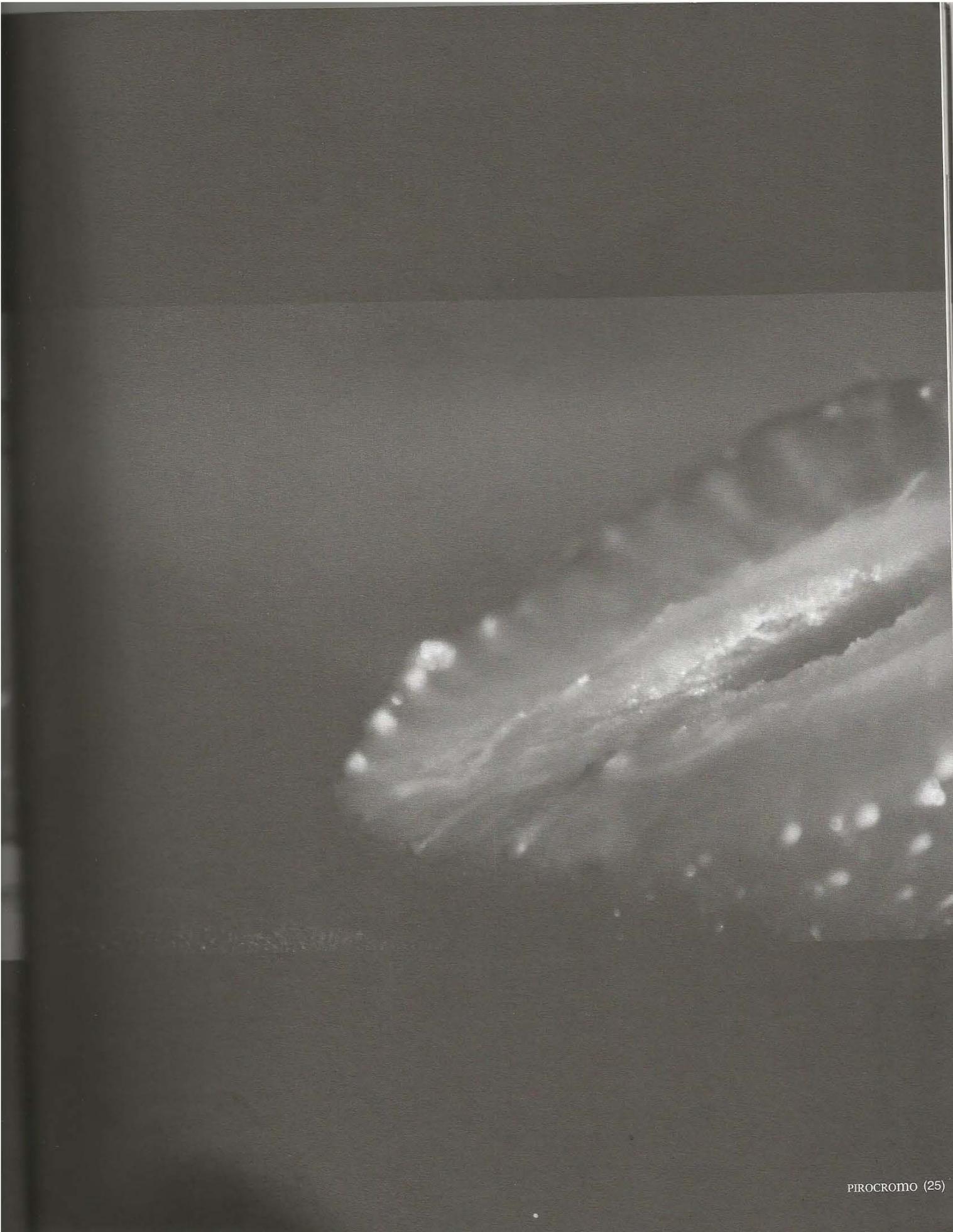
Y así fue como nadie pudo escucharla ni auxiliarla, ya era demasiado tarde. La sangre teñía la tierra blanca y la criatura había consumido casi por completo el cuerpo hasta la mutilación. Él olfateó la vida, y como la flama indómita que en segundos había sido esa joven, así fue apagada su carne y su espíritu. Ella fue una presa, la esencia rota que gozó de aquella carnicera bajo la nieve cándida que fue testigo de su muerte.



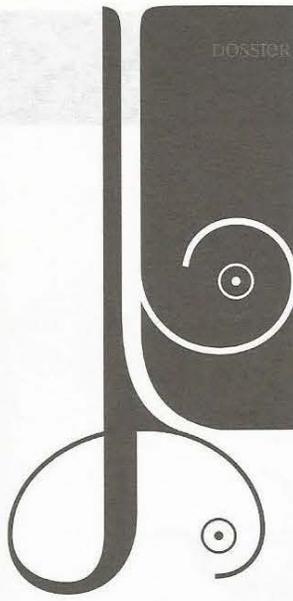
Juan Daniel
Mosqueda Esparza

Fresas salvajes









XIII- PLANETARIA

(FRAGMENTO)

SERGIO Martínez Medina

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas, uaa

Las estrellas errantes son mis dichas.
Conde de Salinas

De pétalos con ciento está encendida
la nebulosa. Juega y se dilata,
negro universo de tus ojos negros,
donde nacen las olas
que son sirenas que tu nombre cantan.
Restos de estrellas, lámparas dormidas
tus párpados esconden.
Sobre tus sábanas y luces, quieto
y en silencio se queda el mar nocturno.
Los que hilaron la Aurora dedos tuyos,
rendidos, acarician
las que, en tu cama, flores son de espuma.

[...]

Mira la noche y cuenta los luceros;
mira la noche y anúdame a los mares
que te inundan los ojos;
que llueven en el alma y son tu espejo
a través de la nébula del Tiempo.

[...]

Dame la mano y caminemos juntos
por donde se han quedado
cabizbajos los dioses;
por donde los faroles de este cosmos
ya no alumbran, y laten entre el polvo
de los que son, estrellas, tus dos ojos.
Dame tu mano cuan la noche eterna
descienda silenciosa sobre ríos
y pinte sus corrientes
con la plata luciente de la luna;
cuando la noche baje a la montaña
y vista de luciérnagas tus hombros.

Solías dormir bajo cortinas de oro
y soplar las estrellas
abrazada a la Tierra;
ahora brillas; transparente corres
como los ríos, niña, hasta que alcanzas
el blando freno de menuda arena
que ciñe el mar, y ciñe tu cintura.
Acaricias el Cosmos de tu vientre
y lo pueblas de luz, para la noche
pasarla bajo lámparas y magia.

Duerme, habibi, duerme. Que a tu sueño
no turben los planetas sin estrellas.
Duerme tranquila, que en el cielo hilado
he dejado mi amor.
Duerme tranquila, que en tus sueños diarios
encuentres las Galaxias
inscritas en la arena.

A

¿De qué versan los sueños de los astros
si no es de las historias
de las Constelaciones;
si no es de los instantes que conmueven
al sol del pecho con temblor de estrellas?
¿De qué versan los sueños de los astros
si no es de los latidos de la luna?

[...]

Las galaxias son mar que se revuelve,
se despeña en torrente de agua y sueños
y brilla con la luz de Orión y Tauro.

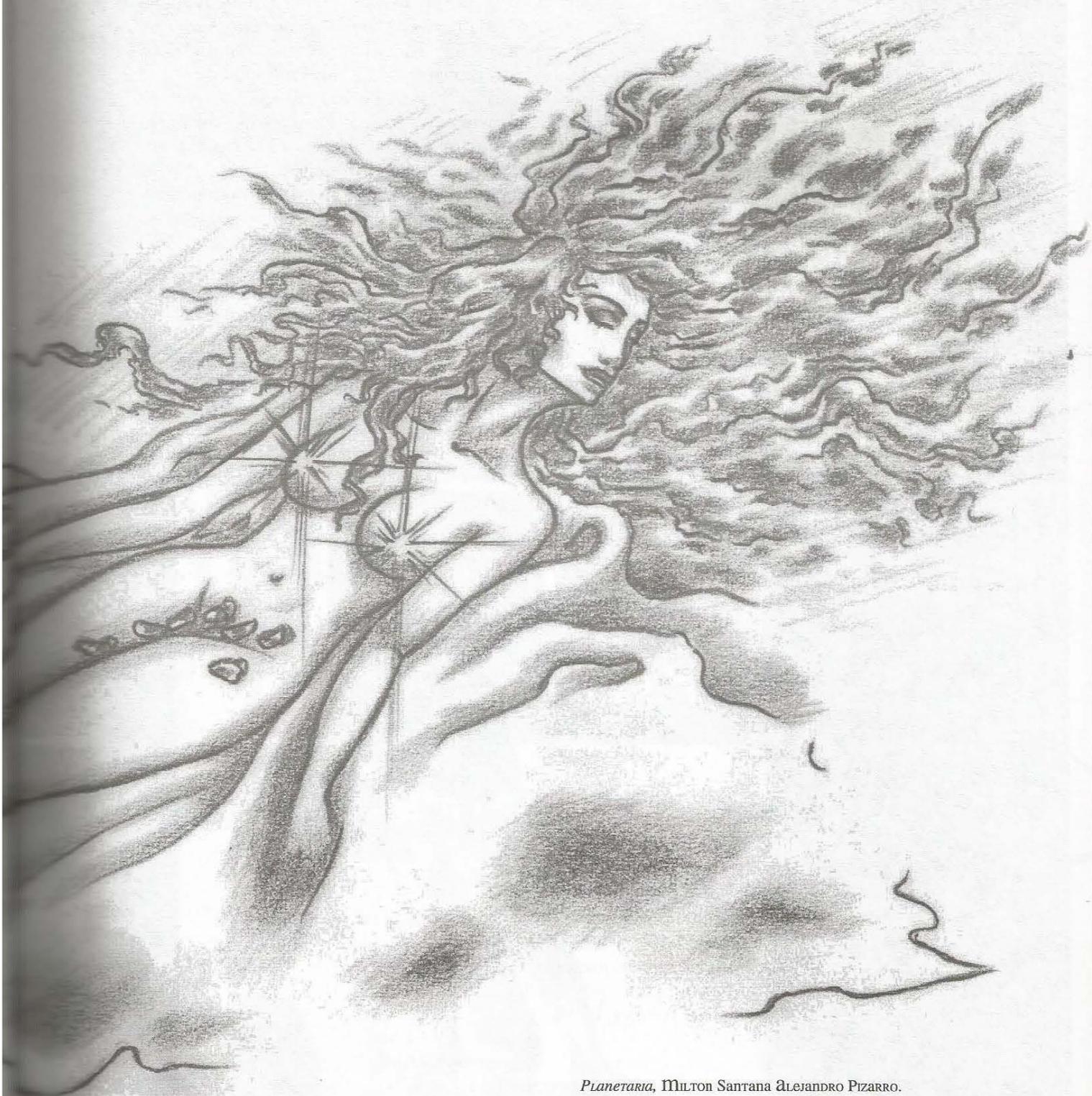
Las nébulas te cantan;
sus corazones cantan, casi estrellas
que brillan en la noche; que los soles
sólo sueñan que sueñan, y no duermen;
danzan contigo de galaxia al centro;
como los agujeros negros danzan
rodeados del perfume de las rosas.

[...]

¿De qué versan los sueños de los astros
si no es de los instantes que conmueven
al sol del pecho con temblor de estrellas;
si no es de los planetas
que se salen del curso y van siguiendo
los cuántares binarios de tus ojos?

Y al despertar, mi niña, a los Planetas
acercas a tu pecho
y les das primavera. Con un beso
enciendes las sus lunas por las noches;
con un beso del Sol nacen los vientos
que pintan las auroras
naranjas del desierto;
y tus ojos, de Amor, brillan pulsando
entre los restos de la Supernova.





Planetaria, MILTON SANTANA ALEJANDRO PIZARRO.

EL RAPTO DE LA BELLA DURMIENTE

(recomendaciones)

Modelo 2, Diego Armando Macías Zavala.

Desde el consejo editorial de PIROCROMO

Cien años han pasado desde que Bella cayó en el sueño por el hechizo de la bruja y ha llegado la hora de despertar.

Así es como Anne Rice, bajo el pseudónimo A.N. Roquelaure, autora reconocida a nivel mundial por “Las Crónicas Vampíricas”, abre el primer libro de su trilogía sobre la Bella Durmiente. Con gran maestría nos narra los acontecimientos que suceden tras el beso que logra regresar a Bella del mundo de los sueños.

Nos adentraremos en un mundo fantástico y sugestivo, donde no existe distinción entre la nobleza y el vulgo, pues todos sin excepción son seducidos por el placer carnal. En este mundo veremos el comienzo del entrenamiento de Bella como una “esclava del amor” a manos del lujurioso “príncipe”, y otras figuras, no menos lujuriosas, de la nobleza.

Una novela erótica donde se deja al descubierto los instintos más bajos del ser humano sin distinción alguna, donde el juego erótico, con tintes sadomasoquistas, está muy presente y el sometimiento y la obediencia son sinónimos de placer.

Diego Armando





Ese OSCURO OBJETO DEL DESEO, JORDI SITJA.

DOSSIER: Erotismo

Un lazo más allá

Srta. De Sade

Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma de Zacatecas

Estábamos solos en casa, me encantaba cómo se veía con uniforme: camisa blanca, falda azul marino que le llegaba arriba de las rodillas, calcetas y zapatos negros. La abracé, su corazón latía muy rápido, nos besamos (no era la primera vez, pero aún había culpa). Recordé cuando éramos unos niños jurándonos amor eterno y ahora no sé si podremos.

- Alex —susurró.
- Claret, no haremos nada si no lo quieres.
- Es que... sí quiero.

Observé sus mejillas sonrojadas, deslicé mi dedo índice por el contorno de sus labios, luego por el cuello y sobre sus pechos, y pensar que hace pocos años le daba pena mostrarlos, tapándolos con sudaderas.

Ambos sabíamos que nuestro amor prohibido se consumaría volviéndose uno...

Subimos a mi cuarto, el deseo nos consumía. Al entrar, la cargué de manera que su espalda estuvo frente a la pared y sus piernas alrededor de mis caderas, hubo besos largos y húmedos, se me vino a la mente cuando nuestros labios se juntaron por primera vez: Claret tenía doce años, yo quince, estudiábamos en el mismo colegio, salimos temprano, le invité un helado, caminamos por el parque, nos detuvimos bajo la sombra de un árbol y, tras una mirada larga, sucedió.

Caricias ardientes encima de la ropa, empujaba mi sexo contra el suyo, lo sentía caliente, la llevé a la cama, empecé a desabrochar su camisa mientras que, con la otra mano, tocaba sus muslos. Sus dedos vagabundeaban debajo de mi playera, le ayudé a quitármela. El pudor la invadía cada vez más.

— Detente, no quiero que me veas, me da pena.

Miré a nuestro alrededor, en el buró había una corbata, se la di.

— Entonces, véndame los ojos —lo último que pude ver fue su sonrisa traviesa.

Mi primera vez fue rápida, no hubo decoro, no hubo amor, sólo éramos cuerpos desnudos, vacíos, como pudiéramos engañar al corazón con el sexo para sentirnos completos y llenos de vida. Estos casos se dan a diario, no me funcionó... seguía pensando en ella.

Tener los ojos vendados era emocionante, potenciaba mis sentidos, pasé mi nariz por su espalda y mis dedos palparon la piel erizada de su abdomen.

Le abrí las piernas, busqué sus labios... sus uñas se encajaron en mi espalda al momento de penetrarla, la corbata se cayó, pude contemplar su rostro, sus ojos cerrados, la boca entreabierta emitía gemidos de placer.

Por un momento me sentí ladrón de su inocencia, fui el primero en profanar su cuerpo, conocía todo de ella.

Más tarde estábamos recostados en la cama esperando que nuestra respiración regresara a la normalidad. La imaginaba como mi esposa.

Tal vez nuestro amor no pueda continuar, pero aquí y ahora sabemos que nos amamos bajo el manto de las sombras, escondiendo nuestros besos en las raíces de los árboles, un amor castigado y enfermo por los ojos de Dios, donde el deseo de una simple caricia o de nuestras manos entrelazadas causarían la repugnancia de nuestros padres.

Tú y yo tenemos en cuenta que nos une un lazo más allá de la sangre, así que sigamos juntos...

sentémonos

ERWIN ALONSO RAMÍREZ

Estudiante de 4º semestre de la Licenciatura
en Letras Hispánicas, uaa

De antemano le pido disculpas a toda señorita o señora que lea o escuche este texto, no por su contenido, sino por lo incomprensible que podría resultarles.

Bueno, entremos en materia. Tú, ¿te sentarías como vil puta o como dama elegante? No lo sé, cada quien tiene su estilo. Tu mirada al frente, tal vez, y ahí la pared deshaciéndose de su piel, sólo al principio, tal vez, no la pared, tu mirada. Bajarías la cabeza y tus codos se irían a apoyarse más o menos por tus rodillas, a lo mejor, no es nada seguro. Entonces, estarías listo para lo siguiente, ¡ah! ¿Y no lo tocarías o sí? No lo sé, cada quien y su comunicación o, mejor dicho, su interacción o toqueteo con su general y sus soldadotes o soldaditos, siameses o gemelos, ¿quién sabe? Bueno, nos quedamos en que ya estabas listo; cabeza medio agachada, codos en las rodillas, puede ser, y el general flácido, triste y con su único ojo a punto de lagrimear. El acto se consumaría con éste lagrimeando. Ahora sí, ¿lo tocarías?, quizá, bueno, mejor sí, por si el general se quedó con esa mentada lagrimita traicionera; sentado, todavía, lo tomarías, puño cerrado o tres dedos, ya cada quien y su grandeza. Cuando lo tengas tomado, jalarías hacia ti y luego hacia la pared y así una o dos veces, acaso tres, porque ya cinco o más, bueno, no sigas porque eso ya sería con final feliz.

En fin, terminaste. Desprendes tus posaderas, ¡ah! Y que no se te olvide darles el adiós a tus lagrimeados. Así, más o menos, acabaría tu hazaña. Pero, no, qué aburrido. Es mejor agarrarlo, apuntar y ya, o no apuntar, sólo dejar que fluya, sí, definitivamente es mejor.



ESCLAVITUD a LA SENSUALIDAD, Paloma MÜLLER.

Sin título 1, Vera Saldívar.

ENCUESTA “EROTISMO”

DESDE EL CONSEJO EDITORIAL DE PIROCROMO

¿Qué es erótico para ti?, ¿dónde ves el erotismo?, ¿el erotismo es atracción, amor o sexo? Intenta responder estas preguntas mientras lees nuestra entrevista a la comunidad universitaria.

■ Estudiante de Sociología, 20 años, hombre.

P. ¿Cómo defines lo erótico?

R. El eros es una definición que tiene sus raíces en la Antigua Grecia, en la actualidad podemos entender como erótico aquello que lo cause, puede ser un objeto, cosa, imaginario, persona, etc.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?

R. Atracción.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?

R. El hombro desnudo de una mujer o, un desnudo artístico.

P. ¿Lo menos erótico?

R. Un hombre o la pornografía.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?

R. En todas partes.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?

R. En nuestras novelas, historias, en la mujer, en las instituciones, en todos lados.

■ Estudiante de Diseño Gráfico, 19 años, mujer.

P. ¿Cómo defines lo erótico?

R. Es la manera de comportarse del ser humano ante la sexualidad.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?

R. Atracción.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?

R. Un buen beso, caricias de la persona que quieres, hasta una simple mirada.

P. ¿Lo menos erótico?

R. Mal aliento, mal aspecto en general.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?

R. Sí.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?

R. En la tv, en la radio, en todos lados.

■ Estudiante de Enfermería, 20 años, mujer.

P. ¿Cómo defines lo erótico?

R. Todos aquellos detalles que nos hacen estremecer, no sólo en el acto sexual. Es esa mirada, sonrisa, palabra, que nos provoca piloerección, temblor, cosas así.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?

R. Con las miradas seductoras y las sonrisas pecaminosas.

Son las capacidades que empleas para atraer al sexo opuesto. También es esa sensación eléctrica que te obliga a mirarlo, necesitarlo.



P. ¿Qué es lo más erótico para ti?
R. El beso que eriza cada folículo de mi cuerpo.

P. ¿Lo menos erótico?
R. Los clichés.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?
R. Claro.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?
R. En el distintivo cuerpo de la mujer mexicana que a más de un pintor ha inspirado.

■ Estudiante de Enfermería, 21 años, hombre.

P. ¿Cómo defines lo erótico?
R. Es un sentimiento relacionado con un deseo e impregnación que tiene una persona sobre otra.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?
R. Atracción.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?
R. Realizar algunas fantasías que deseamos.

P. ¿Lo menos erótico?
R. Forzar a hacer algo cuando no estamos dispuestos y no tenemos la intención de hacerlo por placer sino por complacer a otro.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?
R. Creo que nuestra cultura ve muchas cosas con morbosidad y relacionamos la palabra con algo pornográfico o con cosas vulgares, siendo que la palabra tiene que ver con el disfrute del acto.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?
R. En la sociedad, en Internet y en películas.

■ Estudiante de Sociología, 23 años, hombre.

P. ¿Cómo defines lo erótico?
R. Como un conjunto de actos con una carga simbólica que denotan lo que cada sujeto o individuo toma como incitante para provocar un deseo o una pasión.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?
R. Atracción.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?
R. Pues para mí, lo más erótico son algunas canciones y las caricias.

P. ¿Lo menos erótico para ti?
R. Desde mi particular punto de vista, el sadomasoquismo no es nada erótico, nunca me he cuestionado el porqué, pero es una práctica que en lo personal no me provoca sensaciones eróticas.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?
R. Probablemente. Como cada quien piensa diferente, creo que está presente de distintas maneras.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?
R. Desde la pornografía, para quienes gustan de ella, hasta los que ven y sienten el erotismo en un libro, una película o en la música.

■ Estudiante de Derecho, 23 años, mujer.

P. ¿Cómo defines lo erótico?
R. Como la atracción que sientes hacia alguien. Elemento físico de las relaciones humanas.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?
R. Sexualidad, los elementos que juegan en conjunto para provocar sexualmente.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?
R. El cuerpo humano al natural es erótico y más si está en armonía consigo mismo. Si ese individuo goza de su cuerpo y lo acepta. Eso es erótico para mí.

P. ¿Lo menos erótico?
R. Cuando se usa el cuerpo para fines obscenos o egoístas. Estos fines eliminan la armonía de la naturaleza. Se convierte en un objeto y un cliché.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?
R. Sí.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?

R. En la publicidad, donde está mal usado, pues nos obligan a crearnos una idea sobre el erotismo.

En el arte y el deseo de plasmar la naturaleza del cuerpo humano, somos seres eróticos por naturaleza.

■ Estudiante de Arquitectura, 21 años, mujer.

P. ¿Cómo defines lo erótico?

R. La relación que hay entre el amor, pasión y deseo. Obviamente implica un tanto el atrevimiento, esa chispa, esa llama que hay con la pareja, sin llegar a lo vulgar, y obviamente nada que ver con lo pornográfico.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?

R. Con el amor.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?

R. Todo depende del momento, la situación y si ya tienes tiempo con tu pareja, es bueno innovar y cosas así, probar cosas diferentes, sorprender a la pareja con cosas inesperadas, besos en el cuello, utilizar fresas, cerezas, tal vez utilizar accesorios y, en algunos casos, fustas, ésa sí es una idea loca de algunas personas.

P. ¿Lo menos erótico?

R. Cuando todo el asunto de la seducción, el coqueteo, se da demasiado rápido.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?

R. Pues creo que sí.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?

R. En los libros, en la televisión, etcétera.

■ Profesor de la uaa, perteneciente al Centro de las Artes y la Cultura, 26 años.

P. ¿Cómo defines lo erótico?

R. Lo erótico tiene que ver, principalmente, con el deleite de los sentidos, es decir, su exaltación a través de los placeres de la carne, de la reunión de dos o más cuerpos.

P. ¿Con qué relacionas el erotismo?

R. Me parece que el erotismo se relaciona sobre todo con la atracción, dado que lo erótico apela a los sentidos, creo que tiene que ver primero con la atracción, es decir, acercar al otro a nuestro ámbito, nuestra región sensual, asumiendo que la palabra "sensual" tiene que ver con lo relacionado con los sentidos.

P. ¿Qué es lo más erótico para ti?

R. En mi caso, y en concordancia con que lo erótico tiene que ver con los sentidos, me gusta la parte sensual que tiene que ver con la voz de las mujeres. Obviamente, no cualquier tipo de voz, en particular me agrada que las mujeres tengan una voz ligeramente grave. En mi caso, parte del erotismo reside en el deleite auditivo, además del tacto.

P. ¿Lo menos erótico?

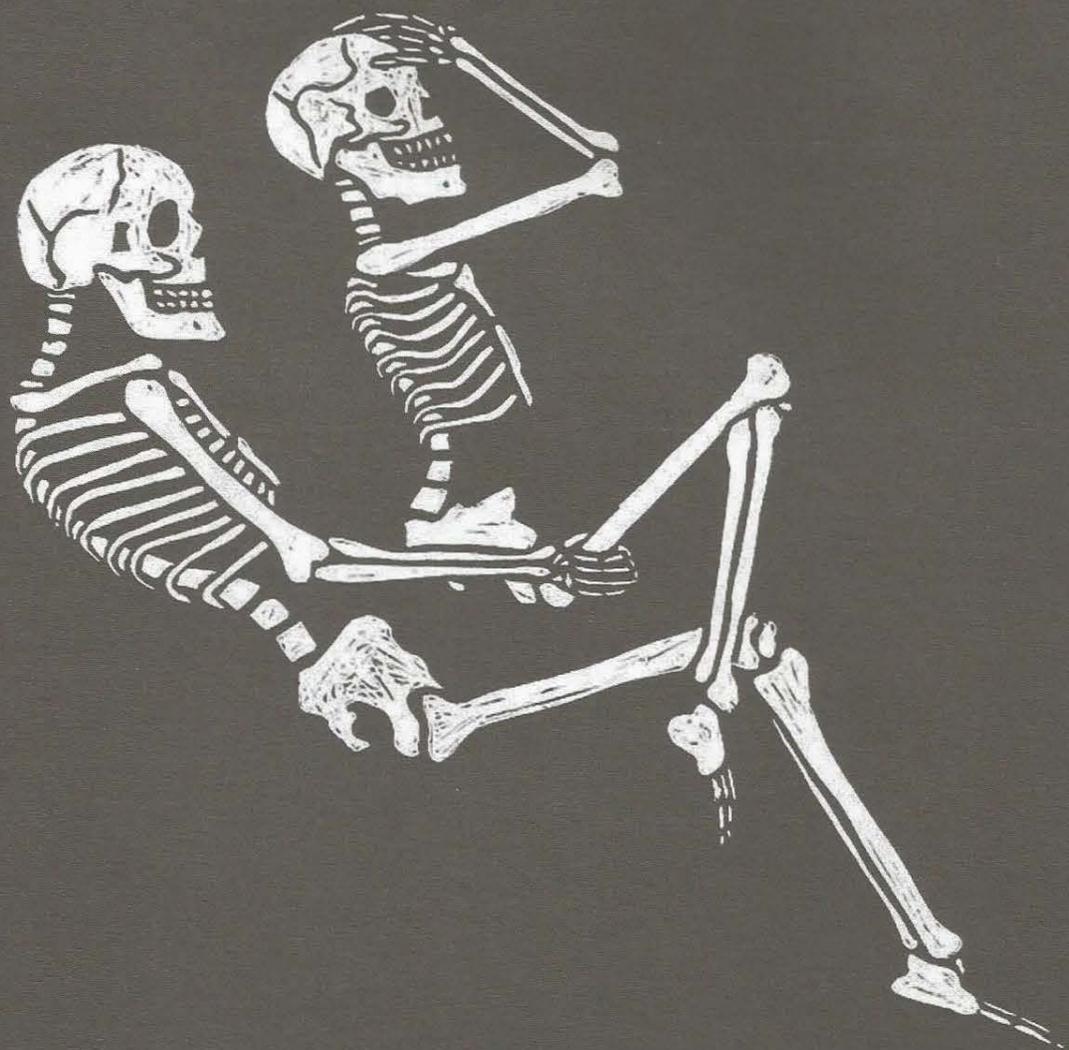
R. No estoy seguro de si pueda categorizarse algo como "menos erótico". Me parece que hay o no hay erotismo.

P. ¿Ves reflejado el erotismo en nuestra cultura?

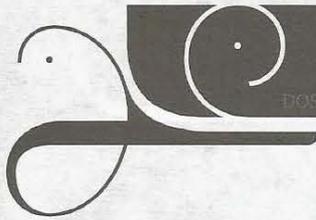
R. En virtud de que todo (o casi todo) lo percibimos a través de los sentidos, yo creo que puede haber erotismo en todos lados. Tiene que ver con qué tipo de erotismo gusta cada persona.

P. ¿Dónde lo ves reflejado?

R. Como decía, tiene que ver con el tipo de erotismo del que guste cada persona. En este sentido, donde uno encuentre ausencia de erotismo es probable que otro encuentre una exaltación del erotismo.



Dame más huesito, José Cristian Palacios Rodríguez.
(Linóleo, 20 x 30 cm, 2012).



DOSSIER *Erotismo*

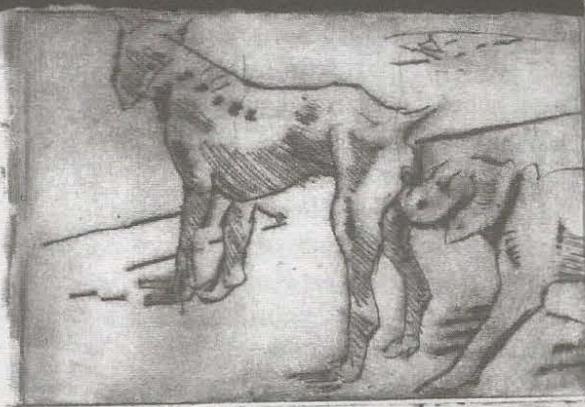
EL INTERIOR, RODOLFO SOUSA

LITOGRAFIA, 2011.



EL SEÑOR ELIOT

Serie "Lo continuo y lo discreto", *GRABADO CONTINUIDAD 1*, RODOLFO SOUSA,
(PUNTASECA, AGUAFUERTE Y CARBORUNDUM).



TAILLA



Otras Creaciones

Otras Creaciones

EL SEÑOR MOSTAZA

ESTHER M. GARCÍA

Licenciada en Letras Españolas de la Universidad Autónoma de Chiapas

Jamás le dieron la oportunidad de elegir su nombre y todos en la cuadra lo conocían como el señor Mostaza. Usaba corbatas amarillas a rayas, saludaba siempre al salir hacia el trabajo cuando recién despuntaba el sol. El señor Mostaza escondía una ligera tristeza detrás de sus ojos negros, negros como los de un cordero a punto de balar. Las mañanas se deslizaban tranquilas entre sus pies: primero levantarse, ir al trabajo, comer, regresar a casa. Decía que sí a todo, jamás había un no. Siempre pensaba “qué buenos los hijos”, sonreía falsamente hacia la esposa, el perro, el vecino; mentía hasta frente al televisor.

El señor Mostaza se cansaba de cargar sus años, los días. Las horas se le convertían en canas, y los sueños, que alguna vez tuvo, se morían frente al almuerzo frío. ¿Pero cómo escribir? ¿Cómo llegar a hacerlo? *Están la casa, los hijos, el trabajo hueco*, decía Mostaza llorando en un rincón del baño con sus ojos de cordero.

Nada digno para escribirse pasaba en su tranquila vida que se deshacía como un iceberg frente al sol. El señor Mostaza oraba en el baño por tiempos mejores, se lavaba meticulosamente las manos y salía a su jardín. Observaba triste a los niños que corrían de un lado a otro, a los perros que andaban o corrían libres por las banquetas y las calles. Miraba las puntas de sus dedos, las palmas frías, la cartografía extraña de caminos que se dividían, zigzagueaban o se cortaban libremente. *Ojalá mi vida fuera así, llena de cosas distintas*, se decía Mostaza mentalmente, mientras veía a los vecinos sacar a pasear sus vidas con un suave cordel.

Nunca salía más allá de su cuadra y le aterrorizaban las calles del centro de la ciudad. Polvo, ruido, personas y carros lo ponían nervioso hasta la médula, pero anestesiaba al miedo silbando mientras atravesaba esas calles. *Nada digno de escribir*, pensaba mientras en los niños, en la plaza principal del centro, les salían alas por las orejas, volaban por los cielos y las señoras corrían detrás de ellos para no perderlos en el aire. Cuadras enteras caminando y ninguna idea aparecía, sólo una mujer gritando que le habían robado el sombrero, mientras el chico que lo hizo pasaba corriendo al lado suyo esbozándole una sonrisa.

Mostaza regresaba a su hogar triste por una tarde perdida sin inspiración, ni ideas que plasmar en su escritura. El sueño de toda su vida siempre como un fantasma persiguiéndole, pero sentía que las personas como él no podían soñar. Su mamá siempre le dijo que en la vida hay que ser bueno, estudiar para hacer algo y no ser alguien. Por eso siempre los calcetines limpios, la raya por en medio perfecta en su corto cabello, la mentirosa sonrisa, el ademán repetitivo al saludar.

Pasaron días sin que el señor Mostaza tuviera ganas de salir a la calle a buscar una historia. Después del trabajo pasaba la tarde dentro de su casa viendo a los hijos, contestando crucigramas, leyendo historias. Algunas veces se sorprendía a sí mismo tomando varias copas de vino hasta no recordar nada, se quedaba simplemente sentado en la mesa frente a la botella sin mirar algo.

Los ojos de su mujer siempre daban una mirada de desaprobación, siempre necesitaban más. Una mejor casa, un mejor carro, dinero... dinero... dinero, querían sus ojos y sus manos y su pelo y Mostaza sólo sentía un enorme hueco en las entrañas que no se llenaba con nada.

Otro día despuntaba los ojos y el señor Mostaza regresaba a su trabajo. Siempre contar números, enfilearlos, sumarlos, restarlos, verlos horas, minutos y segundos. Números y más números aparecían y siempre tenía que contarlos y mantener todo en orden, no estaba permitida ninguna equivocación. Aun ahí, pensaba en escribir pero su mano sólo escupía números ordenados, ninguna oración quería salir de la tinta de su pluma.

¿Pero qué escribir? Pensaba Mostaza mientras multiplicaba al infinito toda su aficción. Podría ser la vida del señor Ordóñez, tan jovial tan hablador, que gustaba de humillar a otros con sus bromas; o de su jefe, el señor Márquez, quien disfrutaba de gritar siempre cerca del oído y emplear el “¡tenemos que hablar serio, hágame el favor de pasar a la oficina!”, pero no, el señor Mostaza no podía hilar las frases, sólo apuntaba y apuntaba más números.

De vez en cuando Mostaza padecía de alguna erección entre juntas y cifras, entre pláticas burdas de socios y la ida a la cafetería. Eyaculaba en el baño con la tremenda tristeza de quien tiene todo y no tiene nada.

La tarde llegaba y Mostaza salía de nuevo a las calles. Las nubes se amontonaban en el cielo gris, las hojas caían de los árboles en una muerte silenciosa y la gente se dispersaba de un lado a otro como en un hormiguero. Ya en la plaza se oía el bullicio de la gente y los gritos alegres de los niños, pero en ningún lado se veía una digna historia que contar.

Las horas se le iban pensando, rumiando entre dientes oraciones que no lo convencían. Maldecía en secreto, se veía las puntas de los dedos, las palmas. Veía de reojo la vida que se desanudaba frente a él y él era como un objeto inerte sin nada que decir o hacer, sólo lo peor: observaba.

Decidido, caminó derecho por la calle, atravesó un viejo puente de madera podrida por donde se aferraba una enredadera de flores azules. Algo debajo de ese puente lo hizo mirar hacia abajo. En el pequeño arroyito que lo atravesaba, entre la maleza, yacía el cadáver de un vagabundo rodeado por los matorrales, acariciado por la enredadera. Parecía un cuadro olvidado en un sucio rincón de la ciudad pero el señor Mostaza lo veía con sus ojos negros de cordero y pensaba: *Sólo un muerto y nada que escribir.*

Seguía su camino por las calles hasta llegar a la principal, llena de gente, de restaurantes, de tiendas, de cosas que le podrían servir. Hombres y mujeres sonriendo sin saber él la causa, una pareja peleando, ¿por qué peleaban? Niños inventando mundos, anidando personajes, cosas y monstruos encima de sus platos recién servidos en las mesas del restorán. Nada de esto llamaba la atención del señor Mostaza, ¿cómo escribiría sobre aquellas personas alegres siendo él tan sólo una sombra?

¿De qué podría escribir? Se decía, mientras el sol lo cegaba con sus últimos rayos y declinaba la luz. Poco a poco las calles empezaban a vaciarse y con ellas llegaba el miedo a tocar los hombros del señor Mostaza por otra oportunidad perdida. Tal vez su madre siempre tuvo la razón, tal vez su esposa y sus ojos, y esas manos que servían por costumbre el desayuno, también tenían razón. Todo era tiempo perdido, las sombras como él no podían soñar.

Pasando por los aparadores se topó con una imprenta. Por curiosidad entró para pedir costos por la impresión completa de su libro, aún no escrito, pero el muchacho que lo atendería sufrió un accidente. El señor Mostaza sólo alcanzaba a escuchar los gritos pero nadie más respondía al llamado. Mostaza preguntó varias veces si todo estaba bien, pero el chico sólo gritaba y lloraba. El

señor Mostaza entró hasta el fondo del local y vio dos brazos desparramados en el piso y al muchacho atorado en la prensa.

El pánico hacía sudar la frente estrecha del señor Mostaza que no sabía qué hacer. Se acercó al chico y apagó la prensa que amenazaba con seguir triturando todo lo que encontraba a su paso. Como pudo cargó el pesado cuerpo del muchacho y tomó el primer taxi para dirigirse al hospital. La mirada del conductor se posaba en los muñones sangrantes de lo que antes eran los brazos del encargado de la imprenta. No se atrevió a preguntar el porqué o el cómo, sólo apretó su pie contra el pedal del acelerador hasta llegar como un bólido al hospital.

En la sala de urgencias pasaron rápidamente al afectado pero el doctor encargado en turno le preguntó a Mostaza: “¿Y bien? ¿Dónde están los brazos?”. *Los brazos, estúpido, los brazos*, se repetía en castigo Mostaza, pues no sabía que aquel hombre mutilado podía salvarse al ser reimplantados los miembros que habían dejado como basura regada.

Rápidamente Mostaza se ofreció a regresar al lugar para traer de nuevo las partes faltantes pero al llegar a la imprenta encontró cerrado y sitiado el lugar por varios policías. Una franja amarilla coronaba el área y Mostaza, por vez primera en su vida, hizo acto de valor, alzó su voz ronca y pesada y se hizo escuchar. Los hombres le permitieron el paso para recoger los brazos aún tibios en el suelo pero, ¿cómo llevarlos intactos hasta el hospital? ¿Cómo hacer que el tejido no se dañase, que la carne no comenzara el lento proceso de descomposición?

Mostaza apretaba los labios y pensaba que había fallado, pero se le ocurrió ir al restorán de la esquina, donde le prestaron dos cubetas grandes llenas de hielo. El señor del restorán le ayudó con un brazo y lo metió en una cubeta. Un transeúnte ya había parado un taxi para llevar a Mostaza de regreso. Todos le desearon lo mejor y el taxi en poco tiempo a la vista de todos desapareció.

El taxista iba tan rápido pasando de aquí a allá amarillos y rojos que pronto una patrulla los paró. ¿Hacia dónde tan rápido?, decía el policía sacando la libreta de infracciones. El taxista atinaba a decir que era una emergencia, que tenían que llevar rápidamente unas “cosas” al hospital. *Dígame qué cosas y vemos de a cuánto*, respondió el oficial, ante lo cual, Mostaza sacó un brazo algo morado de la cubeta fría.

El policía abrió los ojos tan grandes como pudo y una punzada en el estómago lo golpeó. Inmediatamente, y sin decir nada más, se subió a su patrulla y escoltándolos les abrió camino hasta el hospital.

Al llegar, Mostaza bajó rápidamente del taxi y corrió con las cubetas hacia adentro, donde una enfermera le dijo que ya lo estaba esperando un equipo médico que había aceptado ayudar al chico gratuitamente en otro hospital y el helicóptero de dicha clínica aguardaba en el techo para transportar los miembros faltantes. Mostaza subió al helicóptero como guardián de aquellos brazos que iban en camino hacia su dueño.

El lugar se encontraba a media hora en vuelo. Al llegar, médicos y enfermeras esperaban las extremidades para dar inicio urgente a la operación. Todos felicitaron a Mostaza por su gran hazaña. Él esperó las horas que caminaban lento durante la cirugía, pacientemente, como si su propia vida estuviera en juego, hasta que por fin un hombre de bata blanca se le acercó. Tocó suavemente su hombro, lo apretó firme y le dijo: “Hicimos todo lo que pudimos, con éxito reimplantamos los brazos, pero su corazón no aguantó”.

Mostaza se derretía como la mantequilla en el fuego, tanto esfuerzo y nada había servido. Caminó por los pasillos blancos y de olor higiénico hasta la puer-

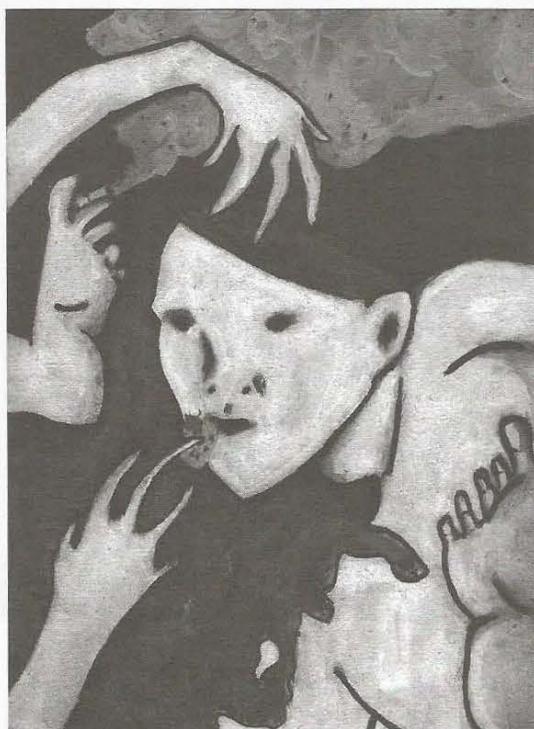
ta de salida y en las afueras del hospital lloraba en silencio. Pidió un taxi y regresó como siempre, con una tristeza chupándole los huesos, a su hogar.

Su mujer lo esperaba sentada en la mesa con la cena fría y el ceño fruncido. Los hijos dormían, los grillos cantaban y la oscuridad se enredaba en sus pasos como una soga. Ella reclamó y Mostaza le contaba lo ocurrido. Ella no le creía porque a las personas simples como él jamás les sucedía nada. Él le juraba y repetía la historia a cada pregunta, a cada guiño interrogatorio por parte de ella, quien acostumbrada a no creerle, prefería ir a dormir que seguir discutiendo.

Parado en medio del comedor entre la soledad y la oscuridad de la noche cayendo como un higo seco, Mostaza se preguntaba por qué no tenía una vida mejor, por qué no podía escribir, ni sonreír como aquellas personas que aparecían en los anuncios de la tele o morir como aquel chico, ayudado por todos, que no aguantó.

Sin tener alguna respuesta pero sí muchas preguntas, el señor Mostaza prefirió ir al baño, limpió sus dientes con caries, se lavó la cara, y al secarse se quedó mirando el espejo que reflejaba a un hombre con la frente estrecha, con la raya por en medio perfecta en su cabello corto, con unos ojos negros como los de un cordero a punto de balar.

Recordó los brazos, lo rojo manchando el piso, al chico gritando, a los hombres que ayudaron, a las personas en las plazas, las calles, los restaurantes y sus vidas que sacaban a pasear con un suave cordel. Recordó sus pasos en las calles tranquilas, la muerte, el vagabundo entre las flores, el chico fallecido entre un cuarto blanco y el olor higiénico, los niños con alas saliendo de su orejas y al chico robando un sombrero. Inmediatamente caminó hasta su cuarto, sacó una hoja en blanco, destapó su pluma y empezó a escribir: "Jamás le dieron la oportunidad de elegir su nombre y todos en la cuadra lo conocían como el señor Mostaza. Usaba corbatas amarillas a rayas, saludaba siempre al salir hacia el trabajo cuando recién despuntaba el sol".



If. *We've all seen the flowers*, JORDI SITJA.

OTRAS CREACIONES

Dos poemas

Juan Carlos Cabrera Pons

Poeta y traductor. Estudiante de la Maestría en Estudios Culturales en la Universidad Autónoma de Chiapas

I

Has de saber que he muerto.
Detrás del velo riguroso de las cosas, la muerte me fue llamando, y hacia ella encaminaron
mis tropiezos. Has de saber
que he muerto. Era la tarde el comienzo de la muerte,
y una cama solitaria en una habitación vacía presagiaba el río. Has de saber
que he muerto.

Una mala tarde mi brazo se arrojó desde mi torso.
Alejado de amigos y de casa, por desolados páramos perseguí aquel muñón que
me pertenecía.
Cómo se arrastraba en las arenas del desierto, cómo se enredó sobre los troncos
húmedos de aquel primer hogar; cómo con sus cinco dedos puntiagudos se burló de mí. Has
de saber que he
muerto, que tras aquel engendro de mi carne se me fue la vida. Hoy
daría la noche por su abrazo,
por que su mano sola tomara nuevamente mi otro casi extremo tras la nuca
para recostarnos como entonces en la calle a ver el cielo o medir tanteando la distancia
hasta la lámpara del cuarto a oscuras.
Por aquella lejana compañía de mí mismo, daría
esta noche prestada que aún me sobra. Has
de saber que he muerto.

Pero lo verdaderamente triste no es morir, es no haber muerto,
de herida mortal no haberse muerto. No haber caído bajo la traidora
lanza frente al muro y, tras limpiar la sangre de mis ropas,
haber envejecido, criado canas y cansancio. Con único brazo haber tomado
la mano de los mancos en el parque.
Errado todos estos siglos, esclavo de la vida, por desolados páramos buscando,
para tenderme en otra habitación rentada a recostar estas páginas vacías. Lo
verdaderamente triste, has de saber,
es no haber muerto.

Esta tarde, sin embargo, era
el comienzo de la muerte,
y un discurso amoroso en la ventana del hotel cargaba el Liffey.
Las calles se estiraban sujetas por una última dolorosa luz del día, y yo tomé mis canas y
cansancio por siglos punzándome en la nuca.
Has de saber que he muerto, que fui torpe, feo y manco,
que si absurdo muñón en vida anduve, doblemente incompleta fue mi muerte. Has de saber
(quien pueda perdonar que me perdone
por tratar de escribir estas palabras) que he muerto.

Poema para I.C.G.G.

Nada nuevo puedo yo decir de ella.
 Todo lo que en ella se confirma
 ha sido escrito ya para otras tantas.
 Nada hay que pueda yo decirle.

Sus pies son dos nidos donde abreven
 las aves su discurso matutino.
 Su espalda es un arrollo en que discurren
 a un tiempo la humildad y la soberbia.
 A veces al sentarse una frontera
 confusa pero luminosa
 abre su falda para bien del mundo.

Nada que no le hayan dicho hay
 que pueda yo decirle. Nada
 novedoso en estos versos. Nada más:
 tropezar con la escritura
 y aguantarse.

Serie "Lo continuo y lo discreto", grabado continuidad 2-1, RODOLFO SOUSA,
 (PUNTASECA, AGUAFUERTE Y CARBORUNDUM).



De paso por el aire

MAGNOLIA ITZEL ORTIZ LIMÓN

Estudiante de 8o. Semestre de la Licenciatura en Letras Españolas, Universidad Autónoma de Chihuahua

La habitación setecientos diecinueve era para no fumadores, para la desgracia de Benjamín. Un vuelo transnacional y horas enteras de películas infames que le taladraron el cerebro sin escapatoria.

La habitación quinientos treinta era para fumadores, y en esto la nariz de Esquivel respingó desde que lo supo. No había ruido mortal en ese piso, no había nadie que lo sacara de esa absoluta cotidianeidad con los hoteles. Siempre iba de paso, siempre el vuelo estaba intrincado, por incómodas trece horas entre uno y otro. Quedaba la noche, dormirla entera, pensaba éste al finalizar su taza de café de un solo filtro, de una sola ración de la cafetera.

Benjamín abrió la ventana, o hizo intento de hacerlo, y se dio cuenta de que el hermetismo del cuarto semejaba la esfinge. Se acostó mirando el techo, y vio diminutos círculos de plástico, una luz pequeña vibraba en uno de los extremos.

Esquivel pensaba en ese olor tan desconocido; ¿serán cenizas o será que el anterior habitante acababa de irse, dejando rastro de humo? Quizá las paredes guardaban el olor para dar una bienvenida al siguiente fumador habitante. Será un comerciante, o un camionero, he escuchado que fuman para mantenerse despiertos porque manejan de noche, la noche los alberga en las lejanas lenguas de asfalto. Benjamín caminó un breve paseo alrededor de la cama. Todo parecía nuevo. Recordó su casa, que las sábanas no se habían lavado desde que él tiene memoria, y que, sin embargo, olían bien. Puso su almohada entre los brazos, presionó fuertemente para exhalarle un suspiro. Perfume de jazmín. Evidentemente no se llevaron esta almohada al cuarto de lavado. Sería una mujer diferente a las que conozco, se dijo. Una de cara lavada y piernas sin afeitar. De entropierna suave y caminar tranquilo.

Esquivel no podía conciliar el sueño, y no era precisamente por el café. El olor comenzaba a crear un efecto de fumador pasivo: la adrenalina y la incertidumbre no suelen llevarse bien. Quien durmió aquí antes que él fue quizá un empleado fúnebre, de los que atienden las marchas nupciales, de los que toman fotos en bodas y vuelven a su refrigerador desgastado, al sonido de paredes húmedas. De éstos que hacen fila en el supermercado para comprar sólo un par de baterías para el control remoto.

Benjamín salió al corredor de alfombra roja casi magenta. Dos espejos altos como la pared circundaban la entrada al elevador. Mármol en una mesita, y en el centro de ella un cenicero con piedritas blancas.

Esquivel llama a recepción y pregunta si habrá otro cuarto disponible. Le dicen que pasadas cuatro horas no es posible un cambio, si es por sólo una noche. Pero que, de todas formas, no hay cuartos disponibles. Él baja por el elevador para encontrar al gerente. Pero son las dos de la mañana, quizá para la próxima. Benjamín se recarga en la pared y presiona el botón del elevador, casi sin querer. Esquivel baja apresurado al piso cinco, hablándose a sí mismo y respondiendo al unísono. Benjamín observa despacio la silueta de Esquivel. Unos cuarenta y tantos, se dice. — ¿Fuma? — No, ni quisiera. — Ah, es que no me gustaría prenderlo si lo ofende. — No me ofende, para nada.

Como si el *lobby* sirviera, precisamente, para conocer a las personas que llegan y se van. Llegan a descansar, a reposar la mente en un lugar cerrado, más allá de la cabeza. Quienes se van no dejan algo significativo, todo se mueve tan rápido en este mundo que los olvidos pueden ser una licencia poética. Hablamos no más de cinco minutos, tuve la iniciativa de preguntarle si quería cambiar habitación, pero de nuevo la esencia del jazmín selló las palabras en el humo del cigarro. Su cara no denotaba molestia, los pies con calcetas frotaban el suelo sucio y alfombrado. Nos despedimos, eso creo. Al día siguiente, en el *lobby*, lo vi. Era él. Su vestido, sus medias y el perfume a jazmines explotando no me confundirían más.

TRES ESTAMPAS

GUADALUPE MONTOYA

Profesora de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA, Maestría en Letras Mexicanas

I

Mi madre está tan hermosa, tan ausente de sí misma. Ella no lo sabe, yo sí porque soy niña y la veo. Mi madre es una mujer honesta, no debe saber de su belleza, debe ignorarla, por eso no hay espejos en la casa, ni los hubo en la suya, en la de su infancia. Mamá trae el pelo suelto, aún húmedo, casi seco como un arco iris ondulante, en cascada. Papá no la vio nunca así: nunca se pudo quitar los antejos de marido casado por intermediarios.

Es sólo un instante en que la mirada de mi madre brilla, luego se apaga. Se trenza el pelo, se enreda en el rebozo de las costumbres y sale al mundo.

II

La mañana amaneció recién bañada, con todos los colores del día brillantes. Cada hoja de cada planta; cada pétalo de cada flor tiene una alegría inaudita ante el asombro de la lluvia matutina. Papá o mamá o alguna de mis hermanas mayores me pone mis zapatos, yo tengo tanta prisa por salir al patio de cuatro esquinas, que los olvido a todos ellos. La mañana me imanta con su pureza, con el canto de los canarios, de los ceniztos. Corro hacia todos lados, descubriendo la luz, los rojos, los amarillos, los verdes recién bañados: todo es nuevo. Las macetas que cuelgan de las paredes destilan sonrisas amorosas y yo les correspondo. De pronto descubro algo. Corro hacia esos seres amarillos y esponjados, pero se me escapan apenas trato de tomarlos. Juegan conmigo, me hacen que los persiga y luego se me escapan una y otra vez, su madre no me hace nada, pero me asusta a veces. Corro y me caigo y me río tanto cuando por fin logro tomar a uno de ellos, pero aletea tanto que tengo que soltarlo. Me siento para despistarlos, que crean que ya no los voy a seguir, pero luego me levanto aunque casi al instante me caigo. Me río otra vez. Y de nuevo los persigo. Jugamos.

III

Papá sale de la fábrica al atardecer y desde entonces lo espero afuera de la casa, sentada en la banqueta. Papá no tardará en llegar y me prestará sus manos, sus bellísimas manos, de artista, para darle las mías. Quisiera ser más niña para que me levantara por los aires. Mañana es sábado, "día de pago", dice, e iremos de compras. Me comprará un pastelito, de ésos que hay en el cielo. Hay tantos que hasta quisiera morirme para estar allá. Alguien me dice, una niña tonta, que en el cielo no se come, pero sé que son mentiras. *Pobre niña que no sabe nada*, le digo a papá. Yo sé muchas cosas, de eso y más, por ejemplo, sé de béisbol. Hoy en la mañana discutí con otra pobre niña porque dijo que para hacer carrera en el béisbol, se puede lograr yendo de base en base. Pero claro que yo la saqué de su error. Para hacer una carrera se necesita que el bateador haga un jonrón. Le platico a papá y él me dice que la otra niña tiene razón. No me importa haberme equivocado, me da gusto saber que papá sabe tanto.

Poema no enviado

ARELY Jiménez

Estudiante de 6º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

Para Alejandro, aunque no lo lea.
Stilla olei ardentis.
Apuleyo

Amado en la distancia,
hay que dejar dormir las estrellas.
Apaga tu faro para colmar de naves la noche,
yo dejaré un vaso de leche al centro,
entre tus cabellos salinos.
Y si aún el mar las despierta,
titilante entre las olas, estará mi boca
floreciendo espuma para un renovado tálamo.
La noche, solitaria, vendrá a pegársenos
en la piel, la curva severa de tu espalda.
Guarecidos en la sombra,
no caerá una gota de luz hirviendo sobre tu rostro,
guardaré todas las lucernas, para tentar tus alas.

Apaga tu faro, yo cerraré mis libros.
Cede al temblor y yo lo haré al fuego.
Temprano en la mañana,
cuando Alejandría cuente sus cenizas,
nosotros contaremos los barcos
que atravesaron el cielo.

Y SI SÓLO eres...

FRANCISCO MARTÍNEZ PÉREZ

Estudiante de 6º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UPA

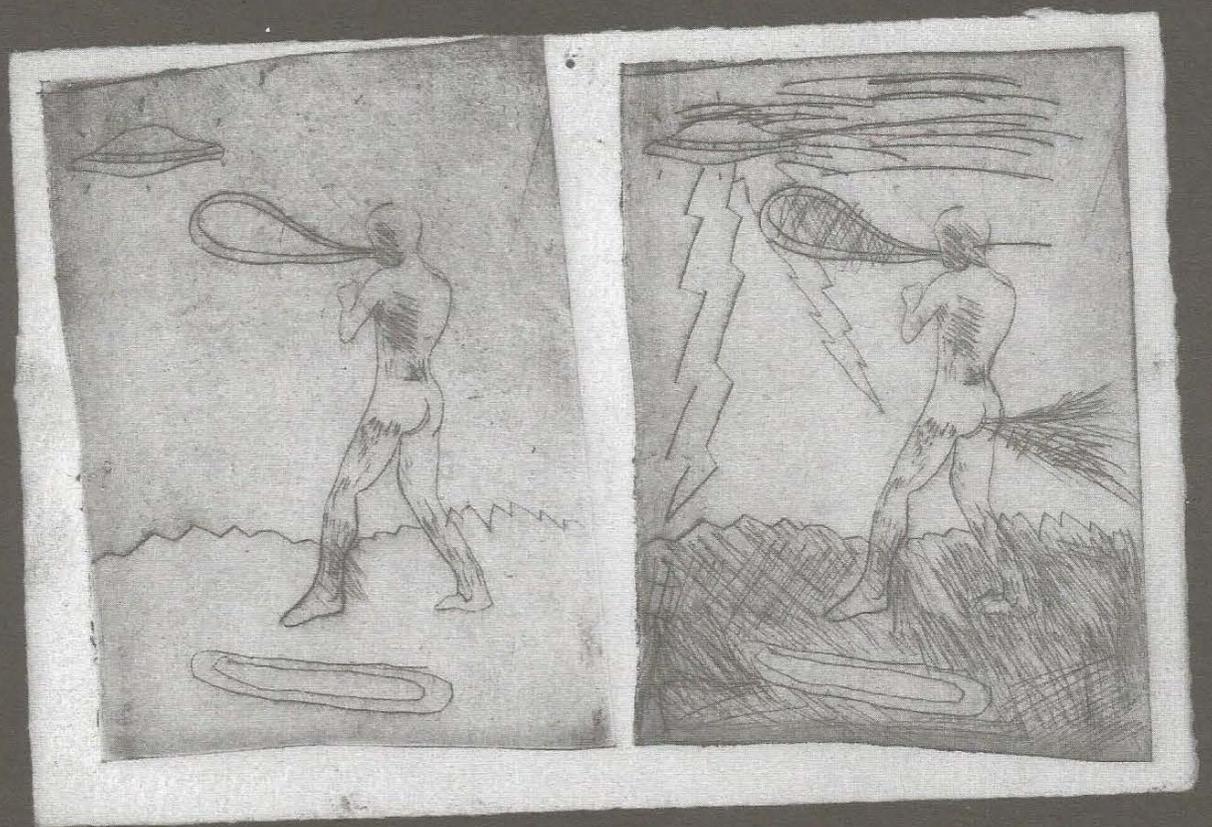
¿Y si sólo eres
tu ropa que arrojamos al suelo?

¿Quién es entonces
esta desnudez femenina
que anuda su lengua en mi sexo?

¿Acaso estás
en el sonido acuoso de los cuerpos
o en tu seno que besa mi boca?

¿Y yo?
¿Qué soy yo
entre tanta insistencia y ajetreo?
¿Quién soy en este pueblo de roces?

¿Y nosotros?
¿Somos algo más allá del acto?
¿O sólo desencanto
y nada más?



Serie "Lo continuo y lo discreto", *grabado continuidad 2-1*, Rodolfo Sousa,
(puntaseca, aguafuerte y carborundum).

PIROCROMO

Revista estudiantil

Pirocromo convoca a participar en el octavo número de la revista, cuyo dossier será: muerte

El material se recibirá hasta el 6 DE SEPTIEMBRE DE 2013 en la siguiente dirección de correo electrónico: revistapirocromo@gmail.com

Para este número se podrá colaborar con ensayo, poesía, narrativa, traducción, obra gráfica, fotografía e ilustración, relacionados con el dossier propuesto.

También se recibirán trabajos que, aunque no atiendan a la propuesta para el número en cuestión, por su calidad literaria, académica o gráfica merezcan ser publicados.

Los textos deberán estar en español. La publicación de traducciones será en formato bilingüe y sólo en el caso de la poesía, tomando en cuenta los derechos de autor para su publicación.

La extensión máxima de los textos será de diez cuartillas a interlineado doble y con fuente Times New Roman, 12 puntos. Deberán ser archivos en Microsoft Word, con extensión .doc, o .docx

Las colaboraciones gráficas deberán ser a color para concursar como portada y a blanco en negro para el interior de la revista, estar en formato .tif o .jpg en alta resolución, 300 dpi, con título y nombre del autor.

El material recibido se somete a consideración del Consejo Editorial. En caso de que la decisión sea favorable, se enviará constancia vía correo electrónico de una a dos semanas después de la fecha de cierre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



ANIVERSARIO
UAA